

San José, Costa Rica

1926

Sábado 30 de Octubre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Carta a una peruana*, por Gabriela Mistral.—*Carta alusiva*, de Simón Latino.—*Con Ecco Neli*, por Ilva Camacho.—*Análisis de una síntesis. Carta abierta a la actual Legislatura Panameña*, por F. J. Escobar.—*En el entierro de un hombre silencioso que enseñaba a trabajar*, por A. H. Pallais.—*Desolación*, por Rafael Estrada.—*Los ideales de Ellen Key*, por Nancy M. Schoonmker.—*Bibliografía titular*.—*La situación de Cuba*, por Arturo R. de Carricarte. *Al señor Carricarte*, por Enrique José Varona.—*Tres cuentos de Ecco Neli. Cuatro poemas chinos de amor*.—*Poemas de vanguardia*, por Vicente Geigel Polanco.

Carta a una peruana

←De *El Mercurio*. Santiago de Chile→

DISTINGUIDA señorita: Contesto tardíamente su carta, llena de interés para mí. He tenido viajes, enfermedades y trabajos y era mi deseo escribirle largamente respecto de un asunto tan importante como el que usted ha querido tratar en su noble comunicación.

La atmósfera en Arica

Me pregunta usted si las mujeres del Perú y Chile no estamos moralmente obligadas a impedir una guerra vergonzosa e inútil entre nuestros pueblos. Toda su carta me hace pensar en que usted ha sido informada de la atmósfera eléctrica creada en Arica. Desgraciadamente, usted ignora que ésta no es la del país en general. Le aseguro, y en esta afirmación no hay, créalo, la flaqueza humana de hablarle bien de nosotros, que jamás se ha pensado en Chile, durante este año de negociaciones largas y cargadas de sucesos penosos, en una guerra con el Perú. En los círculos obreros y educacionales que frecuenté antes de venirme a Europa, en las ciudades, en el campo, en ninguna parte se creía posible que una gestión iniciada con el objeto de dar a América un futuro decoroso de paz, fuese a acabar de ese modo.

La situación de Arica es otra, naturalmente. Se han reunido allí unos diez mil votantes de ambos países, y este conjunto de hombres que no trabaja y que tiene sus ojos puestos en un único objeto, ha tenido que hacer ese ambiente odioso que yo miro con tanta tristeza como usted. Pero la lengua de fuego de Arica, no corre a lo largo del país, se lo aseguro a usted.

Dos documentos me han impresionado fuertemente respecto de la situación: la admirable pastoral de nuestro Arzobispo Monseñor Errázuriz, en la cual se recuerda a los chilenos los lazos de sangre que nos unen al Perú y se hace una invocación profunda a la fraternidad, y un artículo de periodista norteamericano, en el cual, rápida-



Por

GABRIELA MISTRAL

mente, se habla de nuestra controversia y se dice más o menos: «Son pueblos aquellos—Chile y el Perú—que están por debajo de la solemnidad cívica de un plebiscito. Es decir, son pueblos sin equidad, no traspasados todavía por el sentido del derecho y que no merecían el que nos interesáramos por presidir su plebiscito».

Hace un mes que yo leía esas palabras en un Consulado de México y, porque se me tatuaron en la mente, las he citado ya unas tres veces. El extraño a quien convidamos a ver de cerca nuestra rencilla, parece que se ha ido despreciándonos. Para Estados Unidos como para Europa, no hay Colombia, ni Bolivia, ni Chile: hay América del Sur, y se nos desdeña en fardo, partiendo del punto de vista de que somos la misma cosa, lo cual es verdad. Lástima grande que mientras el europeo y el yanqui nos ven en lo que somos—una sola raza—nosotros no nos ocupemos sino de señalar nuestras diferencias para asentar sobre ellas nuestros menudos odios.

La pastoral de Monseñor Errázuriz, aunque señala el sentimiento de uno de los más grandes espíritus de Chile, expresa la convicción y da carne al anhelo callado de muchos chilenos; no es una sola voz aislada, por ser una voz prócer.

Una sociedad de mujeres en favor de la paz

No es por cobardía ni por pereza por lo que yo no acojo su idea de una sociedad de mujeres que en el Perú y en Chile hiciera manifestaciones y propaganda escrita en favor de la paz. En Chile se la recibiría con gran extrañeza: no se ha hablado, repito, de una guerra ni en los momentos más graves de las negociaciones de Arica.

En vez de esa institución, pienso que debería, en lo futuro, pensarse en otra para aproximar a los dos pueblos que se desconocen más que Nueva Zelanda y la Arabia, por ejemplo, aunque la naturaleza les dió ese sencillo imperativo de conocimiento, que es la proximidad; podría hacerse en cada capital un centro de estudios peruano-chileno, en el cual, con conferencias destinadas especialmente a la masa popular, se divulguen las partes de nuestra historia que nos unen: la pre-hispánica y la hispánica, donde se popularicen las literaturas de los dos países y se describan sus territorios.

En el momento de escribir la frase: «en la masa popular», me ha venido a la memoria un incidente de mis viajes.

El odio está en el pueblo pero no en la clase media ni en la dirigente

Viajábamos hacia Cuba, el escritor boliviano Alcides Arguedas, el diplomático peruano Abril de Vivero y yo, y conversábamos sobre la cubierta mañana y tarde, en una cordialidad muy viva. (Algún gracioso nos llamaba el grupo de la Guerra del Pacífico...)

Eramos tres curiosos de cuanto ignorábamos de los otros países, pero con esa curiosidad en la cual se abre el cariño fácilmente; repasábamos nombres de escritores, libros, sucesos y también incidentes penosos. Ninguno espiaba la palabra del otro para extraerle la gotita emponzoñada, ninguno hacía crecer demasiado su tierra

chica, y ninguno tenía el gesto de esquivar el gajo espinoso de los hechos.

Pero un día en que yo pasé a la tercera clase del barco, oí estas palabras que me hicieron volverme: «¿Mamá, este también es mar chileno?» «No, este mar no es chileno, ya quedó atrás». Un marinero acababa de decir que la mar se ponía muy mala. Me acerqué a la que hacía la pregunta curiosa; era una niña de cinco a seis años. La madre me dijo, riendo: Es que ella llama malo a todo lo de Chile, al mar también...

Era una familia boliviana, de clase humilde.

Este hecho ingenuo, revela mucho, sin embargo. Me impresionó fuertemente.

El odio que existe, mucho menor del que se dice, en todo caso está en la masa popular. Con ella es necesario trabajar, mi amiga. El pueblo es, en todas partes, un fermento rico, lleno de fuerzas vitales asombrosas que sólo se gastan en la faena material, cuando se gastan en eso. Su pobre alma queda libre, y recoge lo que le arroja el primero que pasa; antes pasaba el santo, y el hombre del pueblo recogía de él su misticismo; hoy pasa el mercader del odio y deja a la masa encrespada de cualquier violencia, de la que a él le plazca, porque un pueblo sin formación espiritual no es capaz de elegir. Elegir es cosa profunda.

Y tenemos envenenadores en esta América... Yo he leído en el barco, cuando venía a Europa, cuatro recortes de periódicos —picarescos— llamémoslos así, porque suele ser muy penoso llamar las cosas por su nombre, cuando lo tienen vil—que, se me dijo por un periodista argentino, eran escritos por gente de nuestros dos países y que circulaban en la zona eléctrica de Tacna.

De todo había en ellos: desde la broma ágil y ligera hasta la injuria de brasa. Ese pan ha estado nutriendo a muchos votantes y, fracasado el plebiscito, eso será lo que lleven a sus tierras al regresar, ese pus de lectura ruín, una colección de coplas crueles, cuando no son obscenas, que leerán talvez a sus amigos, en un corro, al volver a sus casas de las aldeas, porque la mayoría son campesinos. No se necesita ser pacifista a lo Romain Rolland para sentir indignación de esta industria de odio.

Se cree por algunos que tal literatura, hecha para la masa (a la cual desprecian) no tiene significación ni merece comentario; les parece una sensiblería tonta que se haga hincapié en estas *jugarretas* hechas con «un poco de buen humor y otro de interés por la causa». Desgraciados ingenios que juegan con un puñadito de barro fétido, sin ningún amor para los hombres humildes a quienes envenenan.

La xenofobia de Europa

Pero hay un amargo consuelo, un bajo consuelo, si usted quiere, mi amiga: es el de la xenofobia europea. ¡Si usted la mirara de cerca! No se trata ya del francés contra el alemán, se trata de cada uno contra el otro, aún contra el que peleó a su lado en

la guerra, y se trata, dentro del mismo país, de la región levantada contra la región vecina. Las culturas antiguas se desmoronaron por la conquista de los bárbaros o por sus propios vicios; la contemporánea tal vez se haga pedazos por este estado de guerra que viven los espíritus en plena paz. El odio empaña las facultades, envilece la inteligencia y es el tonel de las Danaides, que dijo Baudelaire. Entre los resortes, los dinamos y las ruedas de esta bonita máquina de la cultura, que parece movida por un aceite dorado o por los más finos soplos del Espíritu, gotean las feas grasas del odio y hacen saltar aquí y allá una pieza, otra pieza.

Parece no haber aprendido nada Europa con la ruina económica, sencillamente fantástica, que le dejó la lucha y que la ha convertido en el pobre vergonzante que golpea a cada hora el aldabón helado de Estados Unidos. Se oye hablar a las gentes y parecen cada una hacer, consciente o inconscientemente, un acarreo afanoso de materiales para una cosa secreta, que no es sino la nueva guerra. Y el que mira se pasma, porque son como heridos que, dentro de la fiebre de la herida, no hablarán sino de las municiones para el día siguiente...

Hay menos odio en nuestra América, mi amiga, y se forma entre nosotros, día por día, una generación pacifista que tiene ya el concepto de que lo necesario es hacer los hombres o acabar de hacerlos, porque están a medio terminar, en nuestros países, en vez de destruirlos.

Pero, me dirá usted, entre Perú y Chile no puede hablarse de paz con seriedad antes de que salgan de su atolladero de las cautivas. Yo le hablo desde mi dichosa confianza en que, si los Estados Unidos no supieron o no pudieron avenirnos, lo harán los demás países españoles que, conociendo mejor nuestros defectos, usarán de procedimientos felices, a semejanza de los que proporcionan antidotos para males probados en su carne...

Sería muy honroso que la América del Sur se bastara a sí misma en este aspecto superior: administrase su justicia y que no remitiera su pleito a Europa, como otra materia prima por elaborar, pues Europa tiene bastante con lo suyo...

Después

Después del fallo quedará mucho que hacer y en eso las mujeres de buena voluntad tendremos sitio. Pasará el odio y quedará entero el desprecio de un pueblo hacia el otro, que yo he observado muchas veces y que creo es mayor que el aborrecimiento. Un desprecio, mi amiga, que es pura ignorancia. Chile tiene que estimar al Perú, la raza profunda que queda a sus espaldas, la raza vieja y pulida de siglos como una madera de cedro, que nosotros no poseemos, la india, y además, su cultura española; el Perú tiene que estimar a Chile su esfuerzo heroico de país menudo y pobre, que se ha desarrollado como los ricos. Somos un grupo de hombres que poseen sólo

un listón verde de prado, cerca de la roca viva.

Yo pensaba, ojeando rápidamente las maravillas incaicas de vuestro Museo de Lima, en cuánto podríamos mirar lentamente en el Cuzco y en Arequipa los maestros de Chile. Y este sencillo conocer el objeto precioso, el paisaje y un hombre o una mujer buenos o superiores que caminan por el paisaje, esto, tan simple, une a los seres. Me decía una amiga norteamericana, de esas que recorren Europa y Asia en un turismo eterno:—¿Bolivia? En mi mapa Bolivia no está, porque no he conocido en mis viajes mujer ni obra boliviana. Y sin embargo, está Persia, y está Finlandia.—Yo voy más lejos, le dije. Para mí suele ser un país el objeto bien trabajado—hueso o carey o bronce—que tengo en mi mesa o que viaja conmigo. Y, está demás decirlo, una estrofa perfecta, una sola. La Bolivia mía... es una piel maravillosa de vicuña, de un color de miel vieja, y es el llama que vine a conocer en... el Parque Zoológico de Amberes, aparte, claro esta, de sus escritores, que he leído.

Y es que no hay, mi amiga, sino el conocimiento, y no el de la lección desteñida de geografía; el viaje, en vez del manual que da abstracciones; el zarape, que hizo la mano del indio mexicano o el de Arauco; el cuero labrado de Florencia, que cubre el libro que leemos, todo esto, además de la italianidad que nos incorporó a los sentidos el Dante o la españolidad cuya garra nos ha cogido en Valle Inclán.

Mi Perú es la *Canción del Camino* de Chocano, una Vida de Santa Rosa, que escribió nuestro Bilbao, los cuentos admirables de Ventura García Calderón: *La Venganza del Cóndor*, y la mirada inolvidable de una momia pre-incásica del Museo de Lima. Si se me sumieran estas cosas en la mente, yo me quedaría sin el Perú en el espíritu.

Y la masa popular de ustedes no tiene su Chile, y la nuestra nada sabe del Perú. Yo he podido ver que el juicio del hombre del Callao se concreta en esto:—¡Esos chilenos brutos que sólo saben golpear...! Y del chileno:—¡Esos peruanos débiles!

Yo escribía mi despedida a Angélica Palma, al salir de España, y la invitaba a trabajar en seguida de la solución en esta faena larga, muy lenta, de limar el aborrecimiento.

La paz política y la otra

Porque no nos dará el nuevo componente que venga, sino una paz política, esa, que hay en esta pobre Europa, que consiste en tener guardados los obuses y en no cavar trincheras. La paz es, primero, un estado moral colectivo, de confianza y de simpatía; cuando esto no existe hay guerra, aunque no se den batallas.

La SOCIEDAD DE LAS NACIONES empieza a darse cuenta de que lo único que consigne en Europa es mantener la fiera atada unos cuantos años y ha comenzado a ocuparse, decepcionada de la generación presente, envenenada casi entera, de la que

asoma. Usted sabe que se hace en las escuelas su propaganda pacifista, y que la Cruz Roja de los niños mantiene ya un enorme intercambio de correspondencia, de libros, de trabajos manuales, entre los niños de todo el mundo. Es el único refugio que aparece: una carne nueva, que no haya aspirado gases asfixiantes ni escrito mentiras sobre el enemigo.

El problema nuestro es menos grave: allá tenemos media generación convencida de que la paz es un imperativo de cordura y una forma de honra para los pueblos modernos. Confíe usted, como confío yo. Los hombres harán la paz política y nosotras podremos ir creando, lentamente, la otra, grande, la reconciliación de los espíritus. Yo creo poco en la fuerza electoral de las mujeres en tales empresas. Está bien que los hombres sigan manejando las ideas en el mundo y que nos dejen atemperarlas o modificarlas con los sentimientos que nosotras, en mucha parte, creamos en los niños.

La abrazo y le pido perdón por esta carta tan larga. Como la publico sin su autorización, y como el pacifismo se llama traición en todas partes, no pongo aquí el nombre de usted, por no hacerle ningún daño. Su servidora y amiga,

GABRIELA MISTRAL

París, agosto de 1926.

LA COLOMBIANA

SASTRERIA

Francisco A. Gómez Z.

TELÉFONO 1283

Frente al Jiménez. Pasaje Al lado de la Botica Oriental
Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Club en series a \$ 3.50 semanales. Haga una visita y se le darán detalles.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

EL EDUCADOR

Semanario dedicado a la defensa de los intereses de la Educación Pública.

Director: Lic. Aníbal Ríos D.

El número suelto vale 5 cts. oro.

La suscripción a la serie de 12 números vale 50 cts. oro.

Apartado 325. Panamá. R. de P.

Carta alusiva

Querido y admirado García Monge:

Gracias por la visita permanente y gratisima de su gran REPERTORIO, por hoy el más fuerte y el único lazo entre las juventudes de América.

Para él le envío algunas producciones y el retrato de Ecco Neli¹, nuestra más joven escritora y más talentosa entre las nuevas. Bien sabe usted cuán insoportable son las mujeres que escriben... mal. Porque hablando, puesto que nunca les falta tema, y escribiendo, puesto que carecen de oficio, nos dan doblemente la lata. Pero he aquí una distinta de todas éstas: que tiene talento, que rehuye el aplauso público y que no se expansiona sino cuando es preciso y lo hace bien. Germán Arciniegas edita actualmente en sus Ediciones Colombia un libro de esta niña, que todavía juega con muñecas.

Lance usted a la América este nombre, antes de que lleguen a ella, en representación nuestra, los de otras que nos aburren.

Siempre muy suyo,

SIMÓN LATINO

Bogotá, Apartado 599.
Setiembre, 1926.

1. La copia un tanto borrosa de Ecco Neli (Srta. Cleonice Nannetti), nos ha impedido sacar el grabado del caso, como lo queríamos.

Con Ecco Neli

IMPULSADA por la belleza de cuanto he leído en revistas y periódicos firmado con el sugestivo seudónimo de Ecco Neli, me dí a la tarea de descubrir su autora para extraer de esa alma de artista refinada la luz de unos conceptos con qué obsequiar a mis lectoras.

Procurando, pues, concretar en la memoria los temas que debiera tratarle, como la marcha del feminismo, los variados giros de la moderna literatura, la evolución ideológica de la mujer, y tantas otras cosas propias de la experiencia, llegué a su casa.

Me recibe una niña de lindos ojos negros, pelo castaño, y una tez cuya blancura resaltaba esplendorosamente con el traje de luto riguroso que vestía.

Es su hija, pensaba yo, mientras que nos cruzábamos los cumplimientos del saludo.

—¿Ecco Neli está en casa?, la dije al fin.

—Aquí me tiene usted, fué la respuesta.

—¿Y es usted quien escribe?, exclamé, sin explicarme ahora cómo pude contener el «imposible» que brotaba a mis labios ante la realidad de ese prodigio. Y agregué entusiasmada:

—He venido a entrevistarla.

—¿Entrevistarme a mí? Eso se queda para personas serias que puedan decir algo de importancia, pero yo sólo podré hablarle de mis pobres cuentos, que nada valen.

—¿Ha escrito muchos?

—Sí; desde la edad de doce años, en que me publicaron el primero, no he dejado de escribir; esto para mí es como un vicio, que me proporciona horas muy felices; inéditos tengo unos cuarenta...

—¿Cuál de los que ha publicado considera mejor?

—Los quiero a todos igual... Sin embargo, quizá prefiero un poco a *Mi borrico y yo*.

—¿El último que ha escrito cuál es?

—Precisamente, en este momento corregía *La tristeza del arriero*, bosquejado en mi último viaje al Cauca y que tenía en olvido.

—¿En dónde hizo sus estudios?

—En el colegio de San Façon estudié durante tres años; luego con profesores en mi casa, he aprendido algunos idiomas.

—¿Cuál es su tierra natal?

—Nací en el Cauca, pero desde la edad de cinco años vivo en Bogotá y soy su fanática admiradora.

—¿Qué métodos acostumbra para su trabajo intelectual?

—El método de la locura. Con muchísima frecuencia me veo en grandes apuros para encontrar los desenlaces o no sé que hacer con los personajes que me han dedicado a escribir, a quienes a veces tengo que matar a la fuerza o condenarlos a una vida sin expresión. Lamento siempre no poder decir las cosas como las siento. ¡Es tan difícil dominar las palabras!

—¿Vive usted satisfecha de ser mujer?

—Indudablemente. Los hombres tienen tareas muy duras que cumplir; la vida de la mujer es más suave, y además se nos quiere y se nos miman; ¿por qué no estar satisfechas?

—¿No ha pensado en matrimonio?

—No me haga esa pregunta; eso es mejor no pensarlo; si acaso sucede, que lo coja a una como de sorpresa, como una trampa.

—¿Es aficionada a la música?

—Sí; toco el piano. Para ser feliz es indispensable saber algo de música, aun cuando no sea para los demás sino para uno mismo.

Y como el piano estaba abierto, las sentidas notas de Edvard Grieg a la Primavera, nos hacen olvidar el objeto de nuestra conversación, y suavemente, dulcemente, nos sorprende la tarde.

Recojo gustosa el manuscrito que me ha obsequiado para *Hogar*, y me despido de la más joven, simpática e inteligente escritora colombiana.

ILVA CAMACHO

(Hogar, Bogotá).

Análisis de una síntesis

Don Joaquín: le recomiendo el artículo adjunto: *Análisis de una Síntesis*, publicado en ACCION COMUNAL. Es la mejor apreciación sobre el nuevo Tratado.

JORGE GUILLERMO LEGUÍA

HONDAS y amargas reflexiones nos causa la lectura de la titulada *Sinopsis del Nuevo Tratado con los Estados Unidos*; porque las cláusulas que en ella se presentan al público, a pesar de estar mutiladas, entrañan la ruina moral y material de la República.

Y al pensar que en ese pacto hay algo que trata de mantenerse oculto en un estéril alarde de pudor, llegamos a la dolorosa conclusión de que el nuevo dogal que habrá de oprimir al pueblo panameño no ha sido producto de descuido o negligencia de los comisionados sino el resultado de una constante y prolongada actuación de nuestra Cancillería, a través de algunas de las pasadas administraciones y aun de la actual.

Si examinamos el Tratado de 1903, ambiguo y defectuoso, encontramos dos interpretaciones antagónicas formuladas por cada una de las partes contratantes: la interpretación justa, la de Panamá que trata de mantener su propia soberanía, y la de los Estados Unidos que, en sus ansias de hegemonía continental, ven en la ambigüedad de lo pactado ocasión propicia para llenar sus fines de absorción.

Pues bien, ahora, mediante el nuevo Tratado se aceptan las pretensiones desmedidas de los Estados Unidos, que contradicen la esencia misma del Tratado Bunau Varilla-Hay, y además, se enajena la atmósfera jurisdiccional de Panamá; se lesionan los intereses fiscales y comerciales; se compromete la estabilidad territorial; se amenaza la existencia de la República con una beligerancia que Panamá no puede ni debe mantener; se renuncia el derecho de propia determinación (*self determination*), y se obliga a los ciudadanos a respaldar con sus vidas las aspiraciones de una nación poderosa que necesita expandir sus dominios.

Analicemos los puntos revelados en el mismo orden en que aparecen en la sinopsis, teniendo como base de comparación el Tratado de 1903.

Expropiaciones de tierras

Clausurada la Comisión Mixta de reclamo, era de esperarse lógicamente que esa clausura obedeciera a que los Estados Unidos habían expropiado ya todas las tierras convenientes y necesarias para la defensa del Canal. Sin embargo, las negociaciones del nuevo pacto parecen haber despertado las dormidas ambiciones de conquista territorial, y una Comisión Mixta volverá a funcionar. Pero la titulada *sinopsis* calla el *modus operandi* de esa comisión y agrava el *status* jurisdiccional creado por los artículos VI y XV del Tratado Bunau Varilla-Hay.

Cambios de linderos de la ciudad de Colón

Este título acomodaticio significa en el fondo la cesión de la parte Norte de la ciudad de Colón que el Tratado de 1903, negociado por un extranjero — de buena fe discutible — respetó, a pesar de los intereses financieros que ese extranjero representaba.

Caminos

Una compensación muy ventajosa, a juicio de los interesados en la aprobación del Tratado es esta de la construcción de ciertos caminos (estratégicos) para el servicio militar de los Estados Unidos, costeados en parte por el aniquilado Tesoro Nacional. Pero no es éste el único gravamen que la tal cláusula representa: el mantenimiento de esos caminos, que muy poco significan para el desarrollo agrícola y comercial del país, debe corresponder a Panamá. Y puede tenerse idea de lo que cuesta el mantenimiento de un camino transitado a diario por enormes camiones militares, con sólo observar cuántas veces al año tiene el Gobierno que reparar la Avenida Primera de Bella Vista, a causas precisamente del servicio que la tal avenida presta a los militares acantonados en el Fuerte de Paitilla.

Cláusulas comerciales

Sarcasmo desalentador y cruel. Con un juego de palabras hábilmente combinado, se nos habla de *limitar* las compras en los Comisariatos de la Zona a los «jefes, empleados y obreros del Canal y del Ferrocarril, y a los contratistas y compañías relacionadas con el funcionamiento del Canal».

Examinado el artículo XIII del Tratado Bunau Varilla-Hay, vemos que el célebre Bunau Varilla, a pesar de la situación difícil en que se encontraba, tuvo escrúpulos de extender a los contratistas y compañías particulares el privilegio de comisariatos. No es, pues, una *limitación*; sino una *extensión* a las concesiones anteriores lo que entraña esa cláusula del nuevo pacto.

También se sanciona la arbitrariedad de mantener en la Zona empresas particulares, cosa que prohíbe expresamente el Tratado de 1903.

Entre las cláusulas comerciales aparece una que autoriza el alquiler de las tierras que se cedieron en 1903 para los fines específicos de construcción, conservación, etcétera, del Canal por el artículo II del Tratado de ese año, a agricultores particulares que gozaran de la exención de impuestos. Se desprende de estas cláusulas que las limitaciones establecidas por el tratado anterior para la cesión de tierras a los Estados Unidos han sido suprimidas, desde luego

que pueden ahora emplearlas en cosa distinta que la conservación, mantenimiento, etcétera, del Canal, cuando de acuerdo con el espíritu del Tratado de 1903, una vez que no sean necesarias esas tierras para los fines acordados expresamente, debían volver a la jurisdicción de la República. Sancionar lo contrario es ceder derechos que muy lejos estuvo el extranjero Bunau Varilla de reconocer a los Estados Unidos.

Tráfico entre la Zona del Canal y la República de Panamá

Dos graves concesiones se desprenden de esta cláusula de la sinopsis que empeoran la situación de la República:

1.º Siendo libre el tráfico de mercaderías entre la Zona y la República, con la simple excepción de los artículos que sean introducidos a la jurisdicción de Panamá procedente de los Comisariatos y de los *almacenes de depósitos*, que deberán pagar impuesto comercial al ser introducidos, cualquier persona podrá mantener en la Zona establecimientos comerciales y tendrá derechos al libre tráfico de mercadería sin pagar impuestos (ruina fiscal).

2.º Admitiendo el establecimiento de almacenes de depósitos *al por mayor*, sin determinar el alcance de esta frase, todo individuo en tránsito podrá surtir en dichos almacenes, al por mayor, de una docena de medias, por ejemplo (ruina comercial).

Además, según la nueva convención — y esto no aparece en la sinopsis — se autoriza expresamente el funcionamiento de pequeñas tiendas y de comercios ambulantes para surtir a los agricultores, todo lo cual viene a reconocer, con perjuicios graves para Panamá, la jurisdicción irrestricta de los Estados Unidos sobre la Zona, que limitaba expresamente el artículo II del Tratado de 1903 a cinco fines específicos, fuera de los cuales cesa de derecho esa jurisdicción.

Puertos

Hasta donde hemos podido entender, esta cláusula en nada mejora las condiciones en que nos encontramos actualmente con relación a los puertos principales del Atlántico y del Pacífico que se encuentra de hecho bajo el control de los Estados Unidos, sobre todo, si se tiene presente que por una cláusula anterior, la ciudad de Colón pierde por completo las playas en las cuales era posible el establecimiento de muelles por el Gobierno o por compañías extranjeras.

Aplicación de la Ley Volstead en la Zona del Canal

Es ésta una cláusula nueva. No aparece ni en el Convenio Taft ni en el Tratado Bunau Varilla-Hay, y nos reservamos el derecho de comentarla desde el punto de vista jurídico cuando analicemos por separado y en extenso cada una de las cláusulas del nuevo Tratado, una vez que éste sea publicado, o de las que aparecen en la sinopsis, si es que se prosigue con la política de la reserva, tan inconveniente y justamente censurada.

Sanidad

Seremos siempre los primeros en predicar la necesidad de un servicio de sanidad eficiente y de la higienización de toda la República. Pero si el Gobierno ha dado ya pasos acertados en este sentido con el establecimiento de una oficina de Puericultura e Higiene y del Departamento de Salubridad Pública, destinando para ello sumas considerables, esta cláusula, que aparece como una compensación a las tantas exigencias de las anteriores, no debe aceptarse exactamente como tal, sobre todo, si se tiene en cuenta la decadencia del servicio sanitario americano en Panamá, que en su abandono deja que se sientan los rigores del mosquito aún en la parte céntrica de la capital de la República y que las basuras hagan intransitables ciertas calles.

Comunicaciones radiográficas

Se comienza en esta cláusula por reconocer a la República de Panamá el control absoluto sobre las comunicaciones radiográficas dentro del territorio de Panamá, y en seguida se le restringe ese control con el derecho que los Estados Unidos se reservan de inspeccionar esas mismas comunicaciones.

Se establece en la misma cláusula que se concede el derecho a los Estados Unidos de erigir estaciones radiográficas en cualquier parte del territorio nacional, reconociendo la soberanía de Panamá en esas estaciones; pero ejerciendo ellos la «jurisdicción sobre los sitios y sobre las propiedades allí existentes y sobre el personal de marina empleado en su funcionamiento». En qué consiste, pues, la soberanía que se reconoce a la República, si en seguida se le resta el ejercicio de esa misma soberanía en puntos del interior a donde se establezcan las tales estaciones radiográficas, desde luego que se concede a los Estados Unidos su jurisdicción?

Es ésta una cláusula nueva; no aparece ni el Tratado de 1903 ni en el Convenio Taft, y arroja sobre la República una nueva carga con la obligación que se le impone, y le arrebatada a girones la soberanía hasta en las mismas poblaciones del interior que tan lejos se encuentran del Canal.

La República ha aprobado con países extranjeros, convenciones internacionales que se verán violadas con la aceptación de esta cláusula que viene a limitar el ejercicio de nuestro derecho de contratación.

Aviación

Entraña esta cláusula otra de las nuevas cargas que no aparecen en los convenios anteriores; limita el ejercicio de los derechos de contratación y nos despoja de la atmósfera jurisdiccional, lo cual, de acuerdo con los nuevos conceptos del Derecho Internacional y con las exigencias de la vida moderna, equivale al despojo de la jurisdicción territorial. Las obligaciones que impone este punto contradicen otras de carácter internacional legítimamente contraídas por la República. Así, pues, sería una de

las más trascendentales limitaciones que sufriría Panamá, puesto que si en la actualidad la navegación aérea nada representa, el progreso en las comunicaciones de este género aumenta cada día, y las generaciones futuras palparían la ignominia a que equivale tal despojo que los juristas latinos, ignorantes del arte de la aviación, ya calificaban de *coelis claustrum*.

Cooperación militar

Grave peligro existe en esta ponderosa obligación que asumirá la República, caso de que la proyectada convención llegue a tener fuerza en virtud de la ratificación legislativa.

La República de Panamá renunciaría implícitamente al derecho de propia determinación (*self determination*) cuando adquiriera el deber de seguir incondicionalmente a los Estados Unidos en cualquier conflicto internacional, aún cuando las causas que lo generen no afecten los intereses, las aspiraciones y el bienestar del país. Tal deber se extendería hasta el extremo de ir contra los ideales comunes, contra la estabilidad misma de la República, cuando estos factores, en caso de guerra, estén en discordancia con los ideales e intereses del pueblo norteamericano, diametralmente opuestos a los nuestros, por sus costumbres, por su raza, y por su misma condición de pueblo poderoso y de tendencias expansivas.

Un país cuando renuncia al sacratísimo derecho de realizar los impulsos del sentimiento popular y a escoger el derrotero que indica la conciencia nacional, para unirse incondicionalmente a la voluntad de otro, está llamado a desaparecer.

Panamá al aceptar un estado de beligerancia, olvidaría su condición de país pequeño y su obligación de mantener siempre la más estricta neutralidad, única situación que garantizaría su propia existencia. Y se nos ocurre preguntar: ¿qué derechos puede tener un Gobierno para exigirle al país que representa el sacrificio de su organización social, y a los ciudadanos el sacrificio de sus propias vidas, sin que medie un acto generador que ofenda o excite los sentimientos nacionales?

Sistema monetario

No sabíamos nosotros que el dólar de oro norteamericano haya sido jamás de circulación forzosa en la República y es por consiguiente una revelación lo que nos asegura la sinopsis del nuevo Tratado, cuando dice «el dólar de oro de los Estados Unidos *continuará* siendo de curso forzoso en Panamá».

Es bien sabido que la moneda es el símbolo de la soberanía financiera de un país, y aceptar forzosamente la circulación de monedas extranjeras, sería aceptar así mismo dependencia. Lo sucedido con la moneda panameña no es otra cosa sino que ha desaparecido obedeciendo a una ley económica elemental, para ser reemplazada por otra de inferior valor intrínseco. Y la necesidad de una moneda nos obligó a usar, — no forzosamente — la americana importada

en grandes cantidades para reemplazar a la nuestra que se exportaba como artículo de valor apreciable.

Agrega esta cláusula de la sinopsis: «La República de Panamá conviene en no prohibir ni gravar la exportación de oro acuñado». No entendemos el por qué de esta estipulación, a no ser que se trate de aplicar nuevamente, por cualquier subterfugio, la Ley de Gresham, a fin de despojarnos sin derecho a defensa de nuestra nueva moneda nacional cuando así parezca conveniente a los Estados Unidos.

En cuanto a las cláusulas que restan, que son las denominadas en la síntesis *Reserva de derechos previos* y *Ratificación*, son cláusulas comunes en todos los tratados y nada dicen de la esencia del que ahora nos ocupa.

* *

No queremos dejar de manifestar aquí, lo mucho que nos extraña que en la síntesis del nuevo Tratado no se diga nada del prólogo del mismo, tan comentado ya por los que lo conocen, pues es sabido que en muchos tratados es precisamente el prólogo como la válvula que regula la interpretación de las cláusulas que contienen.

* *

En el anterior análisis a las cláusulas que contiene la síntesis del nuevo Tratado con los Estados Unidos dada a conocer por el Departamento de Relaciones Exteriores, no tratamos de hacer otra cosa que informar al público de nuestra opinión sobre esas cláusulas, lo cual, decimos en otra parte y repetimos aquí, deben hacerlo todas las personas capaces del país.

No envuelve, pues, ese análisis, a la síntesis del nuevo pacto, ataques, sino defensa. Es solamente una manifestación de los esfuerzos de *Acción Comunal* porque no se vean postergados los intereses de la República, y para que quede constancia permanente de que el país no puede sentir sin protestar la imposición de un Tratado que merma notablemente la ya desmembrada soberanía nacional.

(De *Acción Comunal*, Panamá, R. de P.)

UNIVERSITARIO

Organo de la Asociación Intelectual Americana

En el afán de que los escritores de América castellana lleguen a un conocimiento y estima mutuos de todos sus valores intelectuales, *Universitario* ofrece a todo abonado un cuarto de página para anunciar sus obras. *Universitario* aspira a ser la tribuna libre de todos los americanos y ofrece igualmente sus páginas a la colaboración de cuantos se adhieran al movimiento americano (Latino-Ibero-Americano).

UNIVERSITARIO

Revista trimestral. 2 Square Caulaincourt, París XVIII

Abono: Francia 20 frs. Extranjero 24 frs.

Habla el Lic. F. J. Escobar desde Londres

Carta abierta a la actual Legislatura Panameña

Londres, agosto de 1926.

Amigo y compatriota:

En las graves circunstancias políticas por las que atraviesa nuestra patria, todo buen panameño debe hacer un enérgico llamamiento a su hombría de bien, a su inteligencia y erudición, a su voluntad y a su carácter, para analizar con la serenidad que el caso requiere, el pacto de Alianza Militar y de Negocios Comerciales que nuestros plenipotenciarios han firmado en Washington.

Usted, como uno de los miembros de la Cámara Legislativa actual que encierra la soberanía del país y que es la síntesis de la voluntad y del pensamiento de la República, a quien tocará sancionar el pacto mencionado para que sea un vínculo jurídico efectivo entre nuestra patria y los Estados Unidos, está más que nadie obligado a usar todas sus capacidades intelectuales, todas las energías de su voluntad y de su carácter y todo el fervor de su patriotismo, para analizar con criterio amplio, desapasionado, libre de compromisos mezquinos de partidos políticos personalistas y con el único fin del bien de la patria, el paso más importante en nuestra vida internacional, que pronto ha de someterse a la aprobación de la Cámara.

De antemano confío en que responderá dignamente a la confianza depositada en usted por nuestros conciudadanos y abrigo la seguridad de que la nación no se verá defraudada en sus esperanzas.

Pero a pesar de que, convencido de su competencia y buena voluntad, confiado en su criterio independiente y en su altivez de espíritu, que lo hará desechar cualesquiera insinuaciones de pseudo-jefes de partidos, faltos de escrúpulos y desprovistos de amor a la tierra sin la cual jamás habrían descollado en el escenario mundial, que sin duda propondrán sacrificar los restos de nuestra soberanía nacional en aras de sus particulares ambiciones políticas, me permitiré hacerle unas cuantas sugerencias, como exponente de lo que piensa y siente un joven patriota sincero, que contempla lejos del hogar el menosprecio con que se mira nuestra patria y el escarnio que caería sobre nosotros si el pacto referido mereciera vuestra aprobación.

La sinopsis que nos es permitido conocer, de lo que para nosotros es el punto en materia de relaciones político-económicas con los Estados Unidos, tiene dos aspectos importantes: uno que pudiéramos llamar positivo, esto es, una serie de disposiciones en virtud de las cuales nuevas obligaciones se imponen a nuestra República y otro, negativo, o sea una absoluta omisión de lo que nosotros esperábamos iba a ser una corrección de las extralimitaciones jurídicas del Tratado de 1903.

En su aspecto positivo, la sinopsis nos da

a conocer que la República de Panamá, so pretexto de *cooperar* con los Estados Unidos en la defensa del Canal, se obliga de antemano, a considerarse en estado de guerra con cualquier país con quien los Estados Unidos esté en beligerancia. El alcance a una disposición tal, que ata estrechamente los destinos de nuestra patria a los vaivenes del imperialismo de los Estados Unidos, es fácil adivinar: Panamá, nacido para la paz y el trabajo, para «beneficio del mundo» como reza el lema de su escudo, podrá ser compelido, por un pueblo de otra raza, de otras costumbres y de muy distintos ideales, a tomar armas contra cualesquiera de sus hermanas de América, en defensa de intereses que, por los datos de la historia contemporánea de Norte-América, se pueden predecir fácilmente: expansionismo político y explotación comercial.

¿No cree usted, que un Estado nacido a la vida independiente para beneficio del mundo, que ha sacrificado parte de su soberanía territorial y parte de su independencia exterior, para que la civilización se expanda más fácilmente, para que el comercio y las industrias de los dos hemisferios se entrecrucen en su seno, como medio propicio de grandes germinaciones de progreso y bienestar, un Estado esencialmente dedicado a la paz y al trabajo, al servicio de la Humanidad como supremo ideal, debe repudiar como incongruente con su idiosincracia toda alianza militar que encubra la más ligera sombra de agresividad imperialista o que pueda ser la causa de un fratricidio horripilante?

¿No cree usted, que Panamá, sin marina y sin ejército, sin acorazados ni cañones, sin capitales que defender ni industrias con mercados por conquistar, no ofende su dignidad y se ríe de su propia condición, aliándose en forma absoluta con el Coloso del Dollar, que ahora mismo amenaza hasta a la misma Europa bajo el pretexto de las deudas de guerra?

Y por el contrario, ¿no sería más sabio, juicioso y digno, que Panamá declarara su estricta neutralidad en todo momento, a excepción del caso de un ataque armado a nuestro territorio, que ponga en peligro la paz social y la seguridad de la magna obra del Canal?

¿No llegará a los mismos resultados prácticos, si los Estados Unidos, en vez de exigirnos que colaboremos con ellos en todo momento en que ellos se hallen en guerra, se contentaran con recibir la promesa de nuestra estricta neutralidad, que ellos bien pueden hacer efectiva mediante sus ejércitos y sus acorazados?

Dejo a la iniciativa de usted, las consecuencias que se pueden sacar de las consideraciones anteriores.

Otra de las obligaciones que se nos imponen, es la de conservar el dollar como

moneda de circulación forzosa, al mismo tiempo que se nos obliga a mantener un depósito en un Banco de los Estados Unidos para garantizar la depreciación de la moneda fraccionaria que se nos permita emitir.

Uniendo estos dos aspectos del nuevo tratado, llegamos a la siguiente conclusión: la República de Panamá deja en manos del Gobierno de Washington, determinar contra quiénes tenemos los panameños que declararnos en guerra—atributo exclusivo de la soberanía nacional—y por otro lado, se consuma tácitamente la abolición de nuestra moneda—signo representativo de nuestra soberanía territorial—aceptando la de ellos como de curso forzoso en todo nuestro territorio.

¿Por qué no limitar tal obligación únicamente al territorio sometido a la jurisdicción de Estados Unidos y dejar a nuestro Gobierno en completa libertad de regular, como de derecho le corresponde, la situación de la moneda extranjera en el resto de la República?

Sin libertad para repudiar una guerra contra un país—digamos México—con quien nos unen lengua, tradiciones y costumbres, porque otra nación así lo quiera y sin poder emitir nuestra moneda nacional, aceptando la extraña como de curso forzoso en nuestro territorio, ¿qué queda en el parecer de usted, mi querido amigo y compatriota, de los atributos esenciales de la soberanía nacional? Si tal llega a consumarse, nuestro pabellón, al flamear en algún ministerio extranjero, no sería ya la enseña de un país con individualidad propia; sería un guiñapo cuyas ondulaciones semejarían el gemir plañidero del esclavo...!

En cuanto a las omisiones que he podido advertir por la sinopsis que ha llegado hasta mí, son de notarse las siguientes:

El derecho de intervención, aprobado por nuestra Carta Fundamental en su artículo 136, que cada día viene ejerciéndose en forma más brusca y desdolorosa, cuyo último ejemplo, el del 10 de Octubre de 1925, constatado en la nota pasada a nuestro Gobierno por un empleado militar internacional del Canal, en la cual, sin ninguna clase de cortesía internacional ni la más ligera sombra de consideración por la soberanía ejercida por el Estado panameño en el territorio panameño, se le «notificaba» que las tropas de tal y tal regimiento iban a tomar posesión de la ciudad de Panamá, porque a ellos les parecía que el orden estaba perturbado y que nuestras autoridades no eran competentes para garantizar el estado de paz y tranquilidad indispensables para la buena marcha del Canal y la seguridad de los intereses americanos. El recuerdo está aún vivo en nuestros corazones, y si por algo debemos nosotros agradecer ese ultraje grosero de nuestros derechos soberanos, es por el renacimiento que ha provocado en el nacionalismo istmeño. Pues bien, ese derecho, ni se ha circunscrito, ni se ha definido; y por el giro que

cada día van tomando los acontecimientos, ese poder será ejercitado en lo futuro en completa abrogación de nuestra independencia política interna.

¿Qué queda después para nosotros, si no se pone una valla a esa conducta? ¿Por qué no se ha utilizado este momento para definir la situación y circunscribir esos poderes? Eso, querido compatriota, toca a usted efectuar.

Por último, el monopolio concedido a Estados Unidos para la construcción de canales y ferrocarriles a través del Istmo, acrecentado ahora con el de instalación e inspección de estaciones radiotelegráficas, es una rémora al progreso nacional y atenta directamente contra el derecho de libre desarrollo y explotación que tienen todos los países. El artículo V del Tratado de 1903 cometió ese suicidio económico; ¿por qué no se trata de remediar situación tan desventajosa, ahora que se nos ha dado la oportunidad de esclarecer todos estos asuntos?

Como usted verá, querido amigo, estoy asumiendo que los Estados Unidos han negociado con nosotros un nuevo tratado; que nos consideran una República y como tal, dueños de nuestros destinos y árbitros de nuestra conducta. Partiendo de ese postulado, toca a nosotros hacerles ver que tenemos comprensión plena de todos nuestros derechos y de todas nuestras libertades; que sabemos el rango que le corresponde a un país libre y soberano en el consorcio de las naciones mundiales y además que tenemos conciencia del gran servicio que le hemos hecho a la humanidad y, particularmente, al poderío militar y económico de los Estados Unidos con la apertura del Canal.

Si todo esto no merece la consideración de los hombres de bien de aquel país, dejad que la fuerza obligue y oprima; pero no permitáis que vuestro consentimiento, que representa el de la nación entera, pueda ser invocado en la consumación de la ignominia...!

Soy de usted, atento servidor y compatriota,

FELIPE J. ESCOBAR.

(De una hoja volante).

CULTURA VENEZOLANA

Director: José A. Tagliaferro
Apartado de Correos 293
Caracas.

Cultura Venezolana se publica el día 15 de cada mes en números de 90 a 128 páginas.

En la sección bibliográfica se dará cuenta de los libros de los cuales se remitan dos ejemplares.

Precio de suscripción:

En el extranjero: 5 dólares al año.

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL
Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

En el entierro de un hombre silencioso que enseñaba a trabajar

Señores:

A nombre de los antiguos alumnos del Colegio Académico Mercantil y en mi propio nombre, cábeme el honor de dirigiros la palabra en estos solemnes y dolorosos momentos. Aunque, si quisiéramos fijarnos, las palabras están hechas para el entierro de un hombre político que sólo sabe tocar tambor. Y al ruido, ese ruido, no rumor, acuden los que no entienden y van cayendo, una tras otras las monedas. ¿Monedas para el pueblo? No ¡nunca! Monedas para el que tocaba tambor; pero en el entierro de don Antonio Aubert, hombre silencioso que sabía trabajar y más todavía que enseñaba a trabajar, el silencio está aquí como en su casa, o por lo menos una palabra que, de tan silenciosa, ya casi no sea palabra, una palabra que se haya quitado sus vestidos de color, de color rojo y amarillo.

Ensayemos.

Fué don Antonio Aubert un magnífico ejemplar de la raza negra; si dijésemos de la raza blanca, de la raza amarilla, de la raza color de cobre, sería lo mismo, pues así como en aquel sencillo experimento de física, dándole vueltas al disco de colores, todo se hace blanco, así también, desde que Nuestro Señor Jesucristo derramó su preciosísima sangre sobre la cruz, todo se hizo blanco.

Fué don Antonio Aubert un hombre civilizado, no de civilización palabrera, con fórmula ruso-mexicana: Arrebatémosle su dinero a los ricos, para repartirlo entre los mismos ladrones, el que arrebató es ladrón; sino de civilización inglesa, con fórmula cristiana: enseñemos a trabajar a los pobres, con trabajo eficiente y práctico para que se hagan ricos.

Fué don Antonio Aubert un inglés entre los ingleses. ¡Inglaterra, Inglaterra! Sólo esto nos hace falta. Cumplidos, puntuales, exactos, que las cuatro de la tarde sean las cuatro de la tarde y el sábado, sábado y el

último día del mes, último día del mes, que hagamos lo que estamos haciendo y nos dejemos de las pantomimas del circo, de bululú, ñaque, garnacha, carambaleo, boji-ganga y farándula, negocio redondo de los políticos palabreros, que se sientan y se levantan para hablar.

Mr. Aubert hizo, sin decirlo, el inglés no dice, que en innumerables jóvenes nuestros, árboles latinoamericanos, circulase la maravillosa savia británica. Tenedores de libro a la inglesa, correctos, pulcros, limpios espejos de luna veneciana, como los bellos muebles maqueados que saben hacer con sus manos ilustres, nuestros carpinteros admirables. Si en todos los órdenes de cosas hubiésemos tenido hombres a la manera inglesa, como este Mr. Aubert, Nicaragua ya no sería Nicaragua, sino otra dichosa Costa Rica.

Con la muerte de don Antonio Aubert se cierra una de nuestras mejores puertas. Los habladores seguirán hablando; pero están de luto los hacedores.

Para terminar, este broche de esmeraldas: Muchas veces, florecieron sus manos por la caridad de Nuestro Señor Jesucristo. Yo soy testigo. Que este joven ya no puede pagar, poco importa, como es aplicado y estudioso, que siga viniendo al colegio: Así habla un hombre cristiano e inglés.

Antonio Aubert, querido amigo, que la paz de Cristo sea con tu espíritu.

A. H. PALLAIS

León de Nicaragua.

Revista Parlamentaria de Cuba

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales,
Cultura General y Defensa Nacionalista
Director: JOSÉ CONANGLA

Apartado 973 - Habana, Cuba.
Suscripción anual: . . . \$ 6.00 oro.

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

Cervecería TRAUBE

se refiere a una em-singular en Costa experiencia la colo-

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Desolación

Devotamente, a Gabriela Mistral.
144 Boul. Haussmann. París.
Vía REPERTORIO AMERICANO.

Algo me despega de la tierra
en esta hora de angustia.
Mis ojos se nublan,
y un desvanecimiento supremo
desmaya mi cuerpo,
mientras voy paso a paso vagabundo
en esta soledad iluminada por la luna.

Un deseo ha saturado toda mi alma:
yo deseara seguir andando siempre,
bajo la luna brillante,
sobre campos solitarios.
Yo deseara poder caminar sobre un rayo de luna
como sobre una senda invisible,
sobre la luz petrificada.
y andar, andar, andar
en la soledad inmensa de los cielos,
y morir caminando
sin darme cuenta de la muerte,
y seguir como una sombra
caminando siempre.

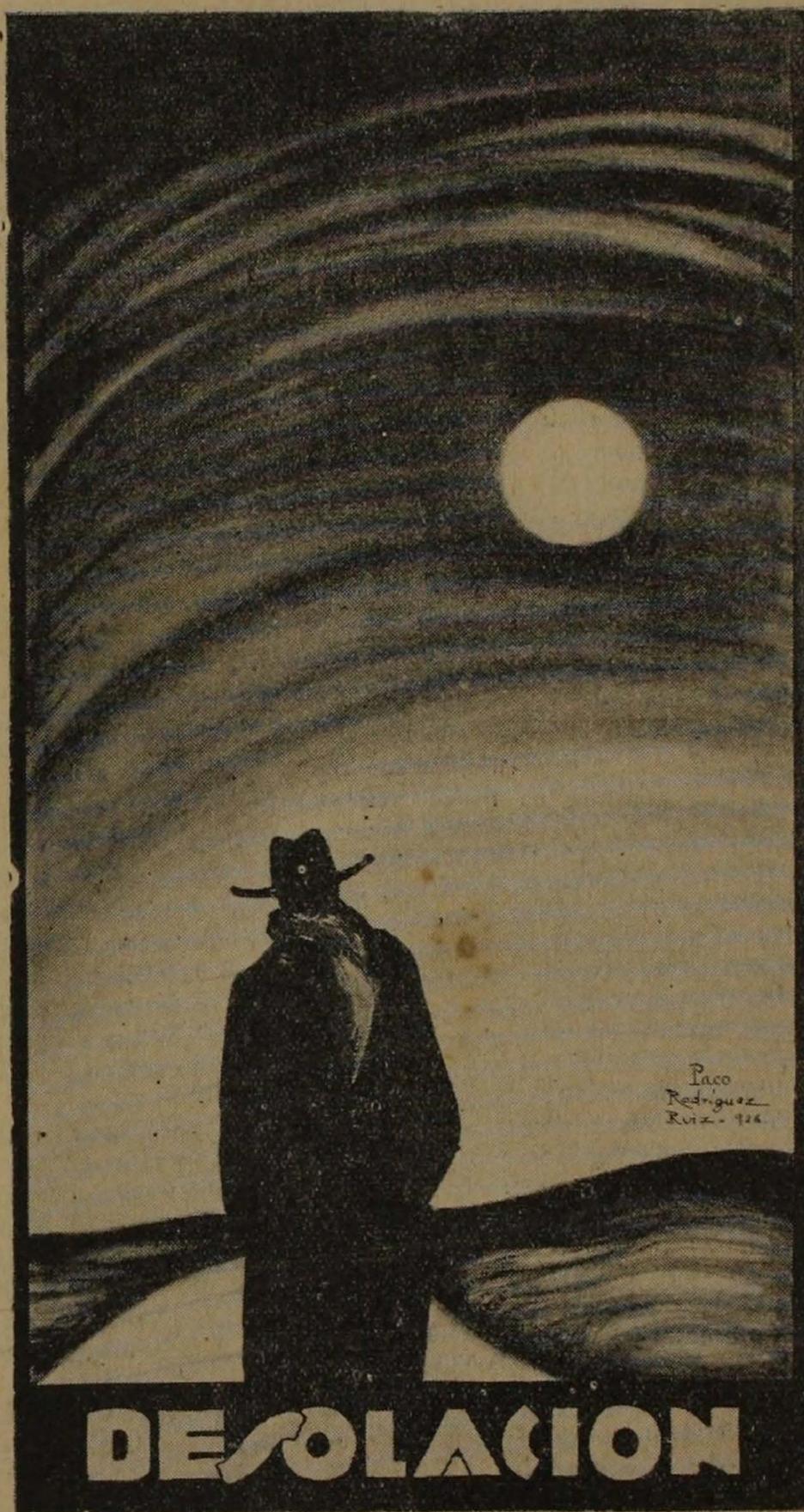
Y no encontrarme a nadie en el camino!
Ser solo de verdad!
Vivir en torno mío
la soledad que siento en torno de mi alma!

Que en mi peregrinación no lastime mis ojos
ninguna grosera forma;
que en mis pupilas se reflejen solamente
el sonoro fulgor de las estrellas
y los lirios de amor de las nubes dormidas.

Y así seguir andando eternamente!
Ir solo de verdad!
Yo deseara despegarme de la tierra
en esta hora de angustia,
en esta hora de amor jamás saciable,
en esta hora de suprema beatitud para mi espíritu!

RAFAEL ESTRADA

San José de Costa Rica.



NOTA PARA UN POEMA DE RAFAEL ESTRADA ILUSTRADO POR PACO RODRÍGUEZ.

¡La Soledad!... La del poeta, anhelosa de perpetuidad, de inmutabilidad!

No como la soledad atormentada por el ansia de la compañía perfecta, que rastrea en las partículas de la cal, en las motas de la ceniza, una poca tibieza, de cariño, que es la de la magna autora de Desolación.

Y en ambas la sed «de amor jamás saciable!»

Paco Rodríguez nos ha dado la expresión visible en el contraste severo, trágico, de luna y tierra, de alma y carne; en la luz blanca y en la sombra nocturna. El viajero está solo en el campo, que es soledad bajo la luna; la luna camina por la solitaria pampa del cielo!... El poema está dibujado sin mengua de sugerencias, sin exageración plebeya de detalles, sin traducción pueril (¿Por qué la palabra Desolación prestó sus letras como elemento decorativo? ¡Culdado, artista, con los avisos!)

Por lo demás la ilustración complementa, o mejor, vuelve a crear el poema.

CARLOS LUIS SÁENZ.

Octubre, 1926.

Los ideales de Ellen Key

CON la muerte de Ellen Key—ocurrida en su hogar en el Sur de Suecia, el 25 de abril de 1926—vuelve de nuevo a la mente con vigor la contribución que esta mujer tuvo el privilegio de ofrecer al pensamiento de su tiempo. Los setenta y siete años de su vida coincidieron con una época en que las grandes corrientes del progreso y del cambio arrebatában al mundo. Nacida en una edad y en un país en que las fuerzas de la reacción dominaban por completo, antes de que tales fuerzas, resistiendo la oposición que más tarde se levantó contra ellas para su deposición definitiva, se hubieran siquiera articulado enteramente, vivió para ver leyes y costumbres y el pensamiento del mundo liberalizado en un grado casi increíble.

En su adolescencia, si ella se hubiera cuidado de examinar la cuestión—como quizás lo hizo—habría descubierto, por ejemplo, que las leyes que regían el matrimonio eran tan enteramente unilaterales e injustas para la mujer, que un ilustre caballero sueco de su conocimiento, eligió un matrimonio de derecho común antes que pedir a la compañera de su vida que se sujetara a las condiciones humillantes de la ceremonia legal. Vivió para ver a su país modificar las leyes que rigen en esta institución, el matrimonio, el divorcio, los derechos de propiedad, la guardia de los hijos subordinados, como para merecer la distinción de tener quizás las mejores leyes del mundo relativas a esa materia. Vivió para ver levantarse la mujer a una plena igualdad política; vivió para ver al niño escapar a las injusticias de la represión, hacia una libertad mayor de desenvolvimiento; vivió para ver su mundo y el nuestro—entregados ambos más o menos abiertamente a la convicción de que las conveniencias legales del propietario y otras conveniencias sociales eran lo sustancial al determinar la moralidad de una relación erótica—consentir en una nueva conciencia del amor, y del amor únicamente, como la única fuerza moral estimulante que respalda el matrimonio.

En los movimientos relacionados con estos cambios, Ellen Key tuvo su parte. Fué en los primeros años de esas reformas cuando los que dirigían eran exhortados a soportar la crítica y el desprecio. Ellen Key recogió lo suyo. En una ocasión al menos, esa crítica y desprecio arremetió contra ella, viniendo del movimiento feminista, cuando explicó lo que en la época parecía una reversión repentina a la vieja doctrina de la femineidad restringida. Mas el mundo ha progresado tan a prisa que, antes de su muerte, Ellen Key más bien sufrió nuestro desdén por haber comenzado a parecer casi de otros tiempos.

Su sesgo hacia el liberalismo le venía como herencia de familia. Fué un ascendiente de siete generaciones atrás, James Mc Key, escocés en espíritu y en pronunciación, quien al finalizar la guerra de los treinta años,

acerca del amor y del matrimonio



emigró a Suecia. Por tres generaciones la familia conservó el *Mc*. Por dos veces tantas generaciones ellos imprimieron su sello sobre sus tiempos. En sus memorias se deja ver repetidamente la comprobación de que la descendencia es rica y fértil. Abogados, estadistas, jueces, guerreros, hombres de dotes estéticas y literarias, desfilan a través de las páginas de la descendencia de Ellen Key. Y las mujeres suecas de ilustre abolengo que los escoceses *Mc Key* eligieron aportaron también sus dones a la unión. Las mujeres de la familia, no menos que los hombres, parecen haber sido señaladas por la originalidad del pensamiento, la fuerza de convicción y el valor de la expresión. Fué la bisabuela de Ellen Key campeón de los derechos de la mujer. Fué la propia madre de Ellen Key, de sangre real, la que participó por completo de las opiniones liberales de su esposo, quien dió la más ardiente simpatía y comprensión profunda a su empresa de fundar un partido agrario, la que siguió con la más grande admiración su obra como miembro del *Riksdag*, y la que temprano vió en su hija la promesa de una habilidad extraordinaria.

Las opiniones liberales de sus padres fueron en parte responsables de la extrema simplicidad del hogar en que Ellen Key creció con sus hermanos, uno de los cuales fué bautizado Jorge Washington Key, en honor de cierto héroe distante que vieron y reconocieron estos padres de amplia visión. Cada penique disponible de las entradas de la familia era echado a la aventura de la organización política liberal, pero nunca hasta el punto de privar a la familia de libros de

toda clase, de estética, de literatura, de filosofía, en los cuales la casa abundaba. También hubo una amistad íntima con los hombres notables de la época.

En su primera adolescencia fué la compañera íntima de su padre, sirviéndole pocos años más tarde de secretaria. En esta compañía pensó siempre como en algo rico en significación y oportunidad para ella. Cuando los planes de reforma política de su padre fracasaron arrastrando con ellos la mayor parte de su hacienda, fué necesario que Ellen buscara su propio sustento. Dejó su país que tanto amaba y encontró una posición en una escuela liberal de Stockolmo. De muchas maneras esta sociedad fué para ella motivo de regocijo, permaneciendo en la escuela por espacio de diecinueve años. Fué una obra para la cual, por naturaleza y por educación, ella se acomodaba bien, porque detrás de la vida intelectual que siempre había vivido estaba lo que ascendía a una devoción pasional por los niños. Sin embargo, a pesar de esto, esos años de enseñanza no fueron enteramente felices. La vida de la ciudad la oprimía, añoraba la tierra donde había crecido, y la atormentaba la necesidad de escribir. Vivía a la vez una crisis religiosa. Había sido educada para una libertad intelectual y para una actividad demasiado grandes, para que pudiera encontrar asunto fácil la fe ciega. En el proceso para tratar de establecer a Dios sobre un fundamento de razón, perdió su sendero pasando a un período de completo agnosticismo. Su fe en un Dios personal nunca le volvió, pero retornó a un reconocimiento de la Divinidad como la fuerza benéfica y omnisciente, que no se mide ni se limita por la inteligencia humana, pero en la cual debe confiarse plenamente y rendírsele culto como el principio guiador de toda vida.

Durante los años de maestra comenzó a dar conferencias, al principio ante grupos de obreras, sobre asuntos políticos, y después, aumentada su reputación, ante toda suerte de auditorios. Socialista en política, se encontró también ligada con varios movimientos liberales, entre ellos las organizaciones feministas. Mas su alianza no fué mero seguimiento ciego. Fué en un mitin del Congreso de la mujer, en Copenhagen en 1896, cuando ella atacó los ideales reinantes del movimiento sufragista. Escogiendo como tópico *El Abuso de la Fuerza de la Mujer*, hizo cargos a las sufragistas de olvidar los fines de la mujer como un ser sexual; criticó el ímpetu sin discernimiento por las ocupaciones de los hombres y exaltó la función maternal como la sola obra legítima para la mujer.

A las mujeres reunidas para escucharla, aquello pareció una reversión absoluta a todo lo que ellas combatían. Fué heregía de la más negra suerte. Arrojava el peso de su influencia no para ellas, sino contra ellas. En ese período del desenvolvimiento de

Ellen Key, no hay duda que la mujer reaccionaba agudamente contra la integridad de las funciones y ocupaciones domésticas, y vió que la libertad y la seguridad sólo podían asegurarse fuera del hogar, en la busca del salario, en el mundo profesional.

La crítica que en esta ocasión recibió la afectó profundamente. Corto tiempo después renunció la escuela, yéndose a vivir a Alemania, en donde se entregó a escribir con más ardor. Aunque nunca se retractó de su posición de que el matrimonio y la maternidad son para la mujer la suprema expresión, la vemos aplicarse a hacer claro que esta convicción en absoluto intervino con su deseo de ver a la mujer llegar a la libertad educacional, política y económica. Mas su ataque al movimiento sufragista en el momento en que más necesitaba de una manera grande su ayuda, no fué fácil de olvidar. Entre las antiguas sufragistas escandinavas ella fué hasta el día de su muerte la «loca ilustrada».

Libros acerca de la situación de la mujer

Llegó tarde Ellen Key a su madurez literaria. En Alemania, a la edad de 54 años, comenzó la serie de ensayos que más tarde formaron su primer libro. Con sólo ojear los títulos de esos ensayos y libros se encuentra la clave de sus intereses primordiales. *El Amor y el Matrimonio, El Movimiento Feminista, La Moralidad de las Mujeres, El Siglo del Niño, El Renacimiento de la Maternidad, La Joven Generación, Amor y Ética*, muestran su mente entretenida de más en más alrededor del problema del sitio ideal de la mujer en el mundo ideal.

Al escribir, así como al hablar, se encontró impelida siempre a una implacable expresión de toda la luz que en ella había. No supo hacer concesiones, jugar a la popularidad, decir lo que a ella le parecían términos medios. Pareció ser un asunto en el cual su propio honor estaba envuelto. No pudo quedarse parada en la última grada. Se sentía compelida a llevar a su último fin el desarrollo de cualquier precepto que ella aceptara y sentara. Es el hábito de la mente del científico, y vuelto hacia los hechos físicos y químicos no implica ofensa en los tiempos modernos. De nuestros actuales Galileos no exigimos negaciones. Pero Ellen Key estaba profundizando en los problemas sociales: dirigía la luz penetrante de su lógica sobre asuntos intangibles como el amor; miraba el matrimonio no desde el punto de vista aceptado de la moral y la ley establecidas, sino desde un nuevo ángulo. Profundamente interesada con lo que ella llamaba la felicidad erótica del individuo—no porque amara al individuo en menoscabo de la sociedad, sino porque creía que la sociedad, la raza solamente podía obtener su mejor servicio del individuo—miraba el conjunto de las relaciones sexuales con una frialdad juiciosa y serena. Y lo alarmante era que ella aseguraba no que fuera algo aparte de la ley, sino que la ley, hecha por el hombre, concerniente a las relaciones

sexuales, estaba a menudo bastante directamente en contradicción con la ley más profunda de la naturaleza o de Dios, como quiera llamársela, que permanece detrás del proceso reproductivo.

Partiendo de la premisa de que el amor y no la ley, debe ser el motivo moral determinante, trazó su primer corolario: El matrimonio es inmoral sin el amor. Después el segundo: El amor es moral sin el matrimonio. No era que aconsejara el desprecio común de la ceremonia legal del matrimonio. Pero sentía que tanta importancia se le había dado que había sido el pretexto de muchas inmoralidades. Creyó que el deber que el individuo debía a su amor era su primer y más grande deber, que el amor individual era «el factor más importante en la evolución, la fuerza determinante más profunda», «que no la legitimidad, sino la condición de niños, debe ser la regla por la cual se mida la moralidad de una unión», «que de esas uniones de amor, con las inmunidades o no del clero o de la ley, saldrá la raza de superhombres y supermujeres». «La mujer del futuro», dice, «la frase hechiza como un canto», la mujer del futuro y su hijo engendrado en el amor, por medio de quien, creía ella, vendrá la transformación espiritual del mundo. Para realizar esta tarea mundial la mujer debe libertarse. Ha de tener derechos políticos, derechos económicos, no como un fin en sí mismos, sino como un medio de mejorar la maternidad. Y por encima de todo debe tener, casada o soltera, el derecho a su amor y a su hijo.

Los derechos de la mujer soltera

Siendo la idealista que era, lanzó este reto al mundo. Se declaró abiertamente por los derechos de la mujer no casada. Fué esta declaración la que acarrió sobre ella la crítica más mordaz que le fué dado soportar. De todo el mundo se levantó la tempestad de protesta. Así como antes había sido inculpada de estar en contra de la mujer en su lucha por la libertad, ahora se la declaraba en contra de la sociedad, del hogar, de la Biblia, de la decencia. Mas ella se mantuvo firme en el puesto que había escogido. El amor y solamente el amor, puede hacer moral una unión. El matrimonio es inmoral sin el amor; el amor es moral sin el matrimonio. En libro tras libro elaboró esta doctrina; año tras año estuvo hablando de ella hasta que en nuestros tiempos hemos llegado a sentir que no es, después de todo, una doctrina preñada del poder de derrumbar la sociedad. Quizá nuestra alarma se desvaneció cuando descubrimos que seguía siendo una teoría no puesta en práctica, en general; vimos sin duda que el énfasis necesitaba ponerse sobre el amor con matrimonio, más bien que sin matrimonio.

Sea lo que fuere, Ellen Key vió en sus últimos años, firmemente convertida en aprecio y en honor, la reprobación general que de ella y de sus teorías se había hecho. Hasta el Gobierno pagó su tributo cuando

le ofreció el terreno sobre el cual se encuentra su villa, construida con la retribución de sus libros traducidos a muchas lenguas y vendidos en todo el mundo. Difícilmente podría haberse formado un sitio más bello para ceñir una vida. Sobre el borde de un peñasco cortado en sesgo por ásperas rocas hacia un gran lago, «mi mar», como lo llamó, rodeada de grandes árboles, encontró días de quietud y paz. De todos los países civilizados, hombres y mujeres peregrinaron hacia ella, algunas veces a exponerle sus personales problemas, otras a ofrecerle presentes y a rendirle honores. Todo el que llegó encontró siempre la más calurosa bienvenida, el afecto humano que debe expresarse en el contacto de su mano.

Aunque fué gran estudiante del amor y del matrimonio, no conoció el amor de esposa o de madre. Pero fué algo señaladamente afin al amor maternal lo que ella derramó sobre el individuo y sobre el mundo que vigilaba. Nadie que la viera en su hogar puede olvidar esa cierta nobleza en la gravedad de la cabeza, con su halo de cabellos blancos, la apacible fortaleza de sus hombros, el intenso interés, vivo y juvenil, que mantuvo hasta el final por todo lo que el mundo hacía y pensaba, y más que todo su fe persistente en el prodigio y bondad de la vida. «Los que ahora vivimos y trabajamos, dijo, seremos pronto sombras. Pero nuestros ensueños están ya moviéndose con blancos pies en la luz de la aurora».

NACY M. SCHOONMAKER.

(Traducido de *Current History*, para el REPERTORIO AMERICANO).

Bibliografía titular

LOS LIBROS RECIBIDOS EN LA SEMANA

Medicina

C. PICADO T.: *Nuestras serpientes venenosas*. Seroterapia anti-ofídica. San José de Costa Rica, 1926. (Don. del A.)

Historia literaria

ARTURO MARASSO: *Hesiodo en la Literatura Castellana*. (Apuntes para un estudio). Buenos Aires. Imp. y Casa Editora CONI. 1926. (Don. del A.)

Poesía

DEMETRIO KORSI: *El viento en la montaña*. Poesías. Prólogo de Manuel Ugarte. Editions «Le Livre libre». París. 1926. (Don. del A.)

FED. HENRÍQUEZ Y CARVAJAL: *Rosas de la tarde*. (Breviario lírico). Gibar. R. Dominicana. 1923.—*Del amor y del dolor*. Poemas del hogar en duelo. Santo Domingo. R. D. 1926. (Don. del A.)

ALFONSO REYES: *Pausa*. París. 1926. (Don. del A.)

E. ARMAND: *Ainsi chantait un «en dehors»*. París et Orleans. Edition de *l'en dehors*. (Don. del A.)

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.

Ilustre compatriota don Enrique José Varona da a conocer en el número del REPERTORIO AMERICANO correspondiente al 19 de julio del año en curso, su opinión sobre Cuba en el momento actual, aunque al comienzo de su impresión afirma que «para abarcar un horizonte mucho más extenso» prefiere colocarse más lejos. Más alto podría decirse, porque no se amplía el horizonte visual por alejarnos de él sino por elevarse sobre él. Esa extensión mayor del horizonte que pretende abarcar el eminente profesor la hace consistir en declarar que «un viento de tempestad parece barrer el suelo de las naciones» y, como consecuencia de ello—«un demagogo audaz ha monopolizado el poder de Italia; un soldado sin escrúpulo se ha guardado en el bolsillo la Constitución de España, mientras Rusia ha caído bajo el puño férreo de los Directores del Soviet». Y porque así vive Europa hoy en las penínsulas, un tiempo romanas y por dos veces señoras del mundo, y en el extremo oriental del Continente, deduce que no ha de sorprender que «la ola de la reacción no se haya detenido antes las playas de Cuba» y al describir el paisaje político de esta Antilla privilegiada, derrocha el esclarecido pensador el color sombrío en que es tan pródiga su paleta, aunque esta vez el dibujo, que su pluma suele hacer vigoroso y no pocas veces exacto, aparece tan incoherente como en un cuadro de género de autor cubista.

Sorprende que un pensador que para formular sus juicios dispone de excepcional cultura, deduzca de hechos tan elocuentes como los que cita consecuencias tan arbitrarias: el doctor Varona escribía el 6 de junio del año en curso y, después de esta fecha, dos pueblos cuya civilización no podría nadie calificar de precaria, como quizás un apasionado juzgue la de Cuba; dos pueblos que marchan a la cabeza de la ciencia y del arte en esta peregrinación sempiterna hacia la cultura y el bien, Francia y Bélgica, han buscado para salvarse del desastre que los amenazaba, si nó «un demagogo audaz» ni «un soldado sin escrúpulo», al cabo, un dictador: Bélgica, en la persona de su insigne Monarca, el segundo de los Reyes a quienes la Historia concede el envidiable sobrenombre de CABALLERO, y Francia a uno de sus políticos de mayor ciencia y de más perspicuo talento.

Paréceme que este cuadrángulo (triángulo, si nos atenemos a la situación geográfica) formado por naciones en las que hay dos grupos étnicos tan disímiles como son el de las familias románicas y el de la eslava con su inmenso mestizaje, debe significar algo más que una reacción suicida de la humanidad, porque estos suicidios colectivos no son casos de demencia, sino consecuencia de realidades imperativas.

La situación de Cuba

Habana, 4, setiembre, 1926.

Señor Joaquín García Monge.

San José de Costa Rica.

Mi muy querido amigo y compañero:

Le incluyo unas cuartillas en las que contesto al doctor Varona el artículo que publicó en el REPERTORIO, suplicándole encarecidamente que dé a la stampa mis notas porque es de justicia y, sobre todo, reflejo fiel de la verdad, cuando menos de mi verdad.

Tengo la esperaza de que no desairará usted mi petición y por ello obligará con un nuevo favor a su muy adicto amigo y viejo compañero que lo estima y admira,

ARTURO R. DE CARRICARTE

El régimen natural humano, en la familia, en el clan, en el burgo y en la nación; en los grupos nómadas y en los sedentarios como en toda la gama en que la piel humana muestra matices infinitos, es el patriarcal y al alejarnos de él porque la nación y, sobre todo, la nación moderna y la contemporánea han hecho ajustar nuevos engranajes complicados, no se ha logrado lo que es anhelo innato del hombre: la felicidad colectiva. No la han proporcionado las conquistas democráticas: ni en los instantes en que el sistema, implantado en su mayor pureza, pudo darle al ciudadano el disfrute íntegro de los derechos naturales.

La historia no registra un solo período en que aparezca extinta la dualidad perenne que ella nos narra: un grupo de hombres opresores y otro grupo de hombres oprimidos.

Ahora bien: sin esos «soldados desprovistos de escrúpulos», sin esos «demagogos audaces», sin esos Reyes en quienes el pueblo con placer y orgullo deposita la suma de poderes, sin esos jefes de Estado de capacidad insigne a quienes su país mune de todas las facultades reservadas antes a poderes distintos del Estado, la humanidad no era feliz. La humanidad nunca se ha mostrado satisfecha ni ha tenido razones para estarlo, porque la lucha rudísima ha subsistido, los antagonismos de clases no se han apaciguado y la perpetuación de regímenes y de sistemas, nominalmente liberales, no tenía por qué asegurar mayor suma de bien y más positiva felicidad a los hombres ni el asentarse ese estado de cosas con carácter de inmutable podría augurar para el futuro mayores beneficios. Es perfectamente lógico que todo fracaso induzca a la rectificación y el de ese régimen que añora el doctor Varona, el desastre de esa organización, imponga su cambio. De ahí que en Italia y en Rusia y en Bélgica y en España y en Francia, se haya efectuado la transformación. Será ella permanente o transitoria, pero no es una causa sino un resultado; resultado que pueden considerar lamentable algunos y juzgarlo otros satisfactorio, pero nadie confundirlo con una fuerza que surge porque es una avalancha que se desprende impulsada por causas remotas.

La dictadura colectiva de los Parlamentos es lo que ha caído al surgir el mando unipersonal (porque los soviets no son, a la postre, sino tentáculos de un monstruo único) y, en última síntesis, la regresión denunciada busca en definitiva el régimen patriarcal que las circunstancias distintas hacen cambiar en sus métodos y en su forma y, lo que, tal vez, induzca a algunos a error, también en el nombre...

En cuanto a que Cuba, «salida ayer de Colonia ha vuelto casi por su propio peso a la colonia», Cuba, que desea «un Gobierno fuerte y paternal, un

Capitán General con título de Presidente», haya «olvidado lo que este régimen significa y lo que cuesta; no en dinero, pero sí en independencia y dignidad personales», es afirmación arbitraria.

Dictadura no es satrapía: la dictadura no humilla cuando respeta; la dictadura ilustrada ejercida por un hombre honrado, de buena fe, que «conozca los factores de su pueblo», según la expresión de Martí, es una forma de Gobierno que no puede declararse incompatible con la «independencia y dignidad personales» sino a impulsos de un criterio apriorístico. En mi ensayo EL DICTADOR, publicado en 1923, expuse con más amplitud estos conceptos y al cambiar las circunstancias en ellos me reafirmo, lejos de rectificarlos.

Veinte y cinco años de vida independiente bajo administraciones caracterizadas por las tendencias más disímiles, no han dado al pueblo cubano la felicidad material, ni la estabilidad política que ansiaba y su prosperidad misma ha sido fruto más de la voluntad del destino que de la previsión de los hombres. Hemos tenido y padecido gobernantes pertenecientes a las escuelas más antitéticas: un pedagogo de insignificancia mental y de conciencia de cuáquero; un sátrapa de nacionalidad extranjera que puso en práctica todos los vicios que en la palabra *graft* tienen su definición y es ella exponente y cifra de administraciones venales y despóticas en el país de su nacimiento: dos generales de la Revolución que manejaron el país como si fuera un vasto ingenio de su propiedad; un letrado de múltiple y profunda cultura, historiador y literato distinguidísimo que subvirtió cuanto tuvo a su alcance y en su respeto—de que no dieron muestras sus antecesores—a la libertad y a la vida del ciudadano, entronizó una odiosa licencia que amenazaba con aniquilar todos los vínculos morales y todos los respetos que mantienen fuertes y coordinadas a las sociedades. Todo ese pasado, tan reciente y tan doloroso parecía clamar por un cambio, parecía exigir que se desechara el convencionalismo hipócrita que permitía consumir todos los atentados, invocando a cada paso la Constitución sin perjuicio de destruirla cuando el

peculado, las más veces, o intereses de grupo o egoísmos odiosos del mandatario y sus adláteres exigían aniquilarla.

Fué el doctor Enrique José Varona Vicepresidente de la República y, salvo sus admoniciones, nada hizo por impedir lo que durante su período se llevó a cabo y, por cierto, no figura entre los menos odiosos del cuadro bosquejado. Todo ese pasado reclamaba una transformación y no debemos pensar que al efectuarse, como se ha consumado, nuestro país haya caído, sino que podemos afirmar que se ha alzado sobre un régimen de hipocresía, de mentiras, más o menos convencionales, pero de positiva y torturante dictadura, ejercida con vario procedimiento, pero siempre en beneficio y medro de un hombre, o de un grupo y nunca para el bien de la nación.

Se imponía el cambio como una necesidad imprescindible para salvar, en primer término, al país que había pasado de una tiranía férrea a una licencia repugnante, para salvar igualmente, a la nación, en la que todos los valores estaban desquiciados y para salvar, por último, al Estado mismo, que ante el mundo aparecía envilecido, incapaz de regeneración, despreciado moralmente y sin crédito material.

No deben ser los métodos de gobierno actuales tan equivocados cuando nuestro crédito económico supera hoy al de todas las naciones de América y son muy pocas en el mundo las que lo disfrutaban igual. No ha de ser tan equivocado y dañino cuando nuestro prestigio moral supera el más alto de que hayamos disfrutado en cualquier momento histórico anterior, y si nos aflige una situación económica dolorosa, señale alguien otra nación (exceptuando los Estados Unidos) que disfrute de mayor prosperidad que la nuestra y no gima bajo una crisis idéntica.

Los sistemas de gobierno, los métodos de administración no se establecen para responder a idealidades y a soñaciones sino para que dentro de la realidad colectiva sea posible el desenvolvimiento del país y facilitarlos. Las teorías preparan el advenimiento de los hechos, pero cuando hay incompatibilidad entre la teoría y el hecho no es la teoría la que prevalece, sino el hecho. La evolución de los pueblos, la modificación de su carácter y tendencias, no son cosas de un día, exigen el concurso de muchas circunstancias y representan elementos muy complejos que sólo pueden eliminarse o variarse (lo que sea susceptible de modificación) por la previsión meditada y con el auxilio de un solo instrumento: el tiempo...

Cuando el doctor Varona participaba del Poder, y antes y después, y con el doctor Varona todos los cubanos ansiábamos que nuestra patria fuera rival de Francia o de Bélgica (y a ésta última, bien justificadamente, nos la hemos propuesto cien veces como ejemplo) y resulta que Francia y Bélgica, por imposición de las circunstancias, han desechado la rotación constitucional y buscado la hegemonía individual a impulsos

del instinto de conservación. Cuba ha procedido del mismo y modo y ninguno de los bienes que esperábamos en 1895 de la independencia se nos niega bajo la administración del presente y sí, en cambio, como si hubiera un Jordán milagroso bañado la Isla, podemos afirmar, con la aquiescencia de los observadores imparciales, que nuestro cuerpo moral está limpio de lacras y libre de las odiosas manchas que hasta hace poco más de un año parecían repugnante carroña, síntoma terrible de incurable gangrena.

Podemos mirar de frente al mundo sin sonrojarnos: quizás no estemos en lo cierto; es muy probable que la realidad actual no sea la realidad conveniente de mañana, pero es indudable, de todas suertes, que tenemos un presente más digno que el pasado reciente y que somos en América el primer pueblo que obedeciendo a causas análogas se ha resuelto, con valentía loable, a arrostrar las responsabilidades que envuelve el hacer frente a una tradición de liberalismo tartufo, nominal y no esencial, cambiando la satrapía unipersonal o la tiranía colectiva, egoístas y sórdidas, por una Dictadura que persigue como fin el orden y utiliza como medio la restauración de los valores morales al colocarse de un golpe, por la audacia de un gobernante integérrimo, a la altura de Bélgica y de Francia...

ARTURO R. DE CARRICARTE

Consideraciones sobre la Dictadura

El Dr. Enrique José Varona contesta
al señor Arturo R. de Carricarte

Señor Director de *Diario de la Marina*.

Muy distinguido señor mío:

Me haría usted favor, si publicase el pequeño artículo adjunto, en que contesto al señor Carricarte.

Se lo agradecerá su atto. s. s.,

ENRIQUE JOSÉ VARONA

Habana, 6 de setiembre de 1926.

Al señor Carricarte

Mi distinguido amigo el señor Carricarte ha publicado un notable artículo, en que tiene a bien impugnar mi breve estudio *De acá y de allá*.

Suerte singular la de este escrito. No encontró cabida en dos periódicos de la Habana; y por eso me decidí a extenderlo un poco y enviarlo al REPERTORIO¹ del excelente señor Monge, con quien estaba en deuda.

Ahora estoy con el señor Carricarte; y lo deploro, porque me veo obligado a ser corto cuando tomo la pluma. Me hubiera sido grato discutir con este ilustradísimo polemista; pero habrá de contentarse, se lo ruego, con que considere sólo el núcleo de su escrito.

En materia de gobernación, se puede preferir el poder unipersonal; en esto no hay

1. Véase el N.º 22 del tomo XII.

nada de censurable. Por mi parte, no sólo no lo prefiero, sino que lo estimo la forma más peligrosa de gobierno. Pero éste es mi punto de vista. En realidad lo importante, lo verdaderamente importante para el buen concierto social, es que esa forma de gobierno se la den los que van a ser gobernados, no que se la tome el que va a gobernar. No reconozco en persona alguna el derecho de salvar a la fuerza a su pueblo. Quien llega a un puesto mediante un pacto constitucional, está obligado a cumplirlo. Si el pueblo, por las vías legales, se da un dictador, y ese pueblo es el mío, me sentiré atribulado y hasta espantado; pero me someteré.

Con respecto a los ejemplos alegados por mí y el señor Carricarte, diré dos palabras. No fué el pueblo español, sino el ejército español el que entronizó a Primo de Rivera. Ni fué el pueblo italiano, sino un conglomerado de fascistas y militares el que acorraló al rey V. Manuel y lo sustituyó con Mussolini. En Bélgica y Francia, por lo que sé, no se ha prescindido del orden constitucional, sino se han dado, dentro de él, facultades extraordinarias en lo económico a los jefes del gobierno. No veo la semejanza.

El señor Carricarte, alude también a mi vicepresidencia. Ese período está bastante cerca; puede estudiarlo punto por punto el que tenga interés o curiosidad por realizarlo.

Por fortuna me dirijo a persona muy inteligente, lo que me permite ser parco.

ENRIQUE JOSÉ VARONA

Habana, 6 de setiembre de 1926.

REVUE DE L' AMERIQUE LATINE

Aparece el 10. de cada mes

Publica estudios de escritores, sabios y políticos franceses, hispanoamericanos y brasileños sobre la América Latina y sus relaciones con Francia.

Dará a conocer, en selectas traducciones, novelas, cuentos y ensayos de autores hispanoamericanos y brasileños.

Sus crónicas, numerosa y de variada índole, resumen la vida intelectual, artística, económica y social del Continente latino.

Principales colaboradores

Condesa de Noailles, Rachilde, Gérard d'Houville, Emile Boutroux, Paul Bourget y Henry de Regnier, de la Academia Francesa, Magalhaes Azevedo, Luis Guimaraes y Graça Aranha, de la Academia Brasileña, Marius André, Antoine, Paul Appell, Jacques Bainville, Louis Bertrand, Angel de Estrada, Claude Farrère, Francisco García, Calderón, F. de Homem Christo, Leopoldo Lugones, Camille Mauclair, Charles Maurras, Alfonso Reyes, Carlos Reyes, J. H. Rosny Ainé, etc.

SUSCRIPCIONES

En el Extranjero: (Países que concedieron la tarifa reducida): un año, \$ 2.40 o £ 0-10-0

(Los otros países, incluso Costa Rica): un año \$ 2.60 o £ 0-10-8.

Redacción y Administración,

84, Boulevard de Courcelles.—París (17^e).

Valoraciones

*Revista de humanidades, crítica
y polémica*

Organo del Grupo de Estudiantes «Renovación»
Calle 60 N.º 682

La Plata, Rep. Argentina

Tres cuentos de Ecco Neli

Carabina

Era una vieja desmelenada y fosca, trajeada con jirones; andaba lentamente, y al andar producía un ruido monótono con sus zapatazos. Sobre la agobiada cabeza llevaba un mantón, y como la viejecita Hada que se le apareció al Príncipe Azul, tenía la nariz corva y los ojos brillantes; mas no era tan pequeña como la viejecita Hada, ni usaba una vara florecida para sostenerse: sólo llevaba en las manos un cesto vacío. Nunca se la vio pedir limosna; vagaba por las calles siempre huraña, siempre así, con la frente vendida.

Los muchachos traviesos idearon para ella un nombre absurdo: Carabina. Se lo gritaban y escapaban corriendo, más ella no hacía caso del apodo y continuaba su andar.

Casi todas las tardes pasaba por la escuela; era familiar para los chicos. La habían visto detenerse a mirar a los que salían; recostada en el muro los miraba.

Un día le gritaron a coro:

—¡Carabina!

Pero ni con un gesto denotó que la enojara la mofa; sólo los miró con los ojos un poco más brillantes.

Incansables le cantaron con la misma música del himno escolar:

—¡Carabina, Carabina, Carabina!

Y estallaron en burlescas carcajadas y acompañaron la tonadilla del himno, golpeando con las reglas en los marcos de las pizarras como en un tamboril. La vieja no se alteraba,

Entonces el más atrevido, Germán, el loco de la escuela, se plantó a su frente y le hizo unas piruetas.

Ella cerró los ojos, y como si sintiera un desfallecimiento, se apoyó bien en el muro, mientras confundida entre risas, volvió a sonar la música del himno de la escuela:

—¡Carabina, Carabina, do, re, mi, fa!

Todos callaron de repente: acababa de presentarse el profesor, que cruzó los brazos y juntó las cejas en una arruga de indignación.

—¡Ya nos veremos!—exclamó severamente.

Los chicos echaron a correr.

La vieja se alejó; se alejó triste, con los hombros encogidos.

Al día siguiente los rapaces fueron castigados por el profesor. Carabina no volvió a verse por aquellos lugares... Pero una tarde, cuando ya parecía todo olvidado, Carabina estaba ahí, en la puerta, mirando la salida...

Ellos pasaron de largo, y otra tarde y otra la respetaron los chicos por el temor al castigo.

Germán era inquieto; Germán no podía contenerse y quería gritarle el nombre aquel que le cosquilleaba en la lengua, y... se lo gritó, y el muy audaz apostó decírselo al oído y se lo dijo muy cerca: «¡Carabina!»

Cuál no sería su asombro al sentir que la vieja lo retuvo de pronto; le tomó una mano con las suyas, ásperas. El forcejeó por soltarse, mas era imposible.

—Oye, niño! Oye! No te vayas—decíale gimoteando—. Házme un bien, te lo suplico!

Y por fuerza Germán la escuchó, y la escucharon los otros que se habían agrupado.

—¡Soy una pobre mujer, una pobre mujer!—repe-

tía con voz convulsa—. ¡Dejadme que os mire, no me echéis de aquí! Sois rubios y picarones como él... El tenía los ojos claros como algunos de vosotros, y llevaba una gorra azul parecida a las vuestras... Me lo recordáis. ¡Dejadme que os mire al salir! ¡Mi Perucho era tan bueno! Sed buenos conmigo. Yo lo esperaba siempre a la salida de la escuela; él también iba a la escuela y tenía libros y cuadernos de aritmética. ¡Y se me murió, se me murió una mañana...!

En las manos le puse el laurel que ganó el día de los premios, le dí muchos besos y así lo enterré. Ahora está enterrado allá lejos. ¡Era dulce..., era bueno!

Carabina sollozaba y decía palabras rotas:

—¡Enterrado! mi Perucho, mi Perucho...

Germán le puso una mano en el hombro; quería decirle: «No llore!»; pero se le ahogó la voz; los niños se miraban sin saber qué hacer; por fin se alejaron dejando sola a la infeliz con su recuerdo.

Después, por las tardes, a la salida, saludaban tímidos a Carabina; la miraban cariñosos, pidiendo un perdón mudo; pero Germán el loco, el atrevido, se le acercaba y le decía:

—Oiga usted, Carabina: haciendo de cuenta que yo soy Perucho, reciba esta manzana.

Poco a poco los otros cobraron confianza y le dejaron también sus pequeños regalos en el cesto vacío.

—Que sean muy formales—repetía ella emocionada de agradecimiento.

Y aprendió de memoria sus nombres, y los interrogaba:

¿Salieron bien? ¿Supieron todo? Así me gusta. Estudien y sean muy formales...

Y se alejaba con el cesto lleno y el alma gozosa; se alejaba hablando sola:

—¡Cuántos hijos tengo... Cuántos!

En la acera metían ruido sus grandes zapatos.

(Hogar, Bogotá).

El raposo

Es un muchacho malo; la miseria se había encargado de torcer su corazón; un muchacho inteligente, sobre quien pesa la injusticia de la vida, se pregunta: ¿Por qué tengo hambre? ¿Por qué estoy condenado a una lucha sin esperanza? ¿Por qué hay niños pobres y niños ricos?

Claro que Cecilio no se hacía conscientemente estas preguntas, como sucedería a un hombre hecho y derecho, pero ellas bullían confusas allá en el fondo de su alma de once años... de su alma rebelde.

Y sin ningún escrúpulo se lanzó a mejorar su situación. ¡Ladronzuelo!

Pequeño apache, qué cara tenía: qué ojos tan pícaros, qué risa tan perversa y ese desmañado modo de andar! La cachucha de cuadros hundida hasta las orejas ocultaba un poco su expresión de maldad. ¡Robar...! Se sentía bien cuando robaba: robó pan, robó dinero y saboreó la triste alegría del que se venga...

Tenía profunda antipatía por todos: ¿quién le quería? ¿Quién le amaba? Para él las privaciones, el desprecio, la indiferencia; para él la lucha; los muchachos callejeros lo apodaban: *El raposo*.

¿Habría algo más triste que el despecho de un niño? Por la noche dormía en el quicio de una puerta; se dormía recordando las diabluras hechas; le robó manzanas a la vieja manzanera; les hizo trampa en el juego de tejos a dos limpiabotas; a un pequeño que estaba en el parque, le cambió un juguete

precioso por su trompo viejo. Y se reía... y hasta en sueños se reía...

La enferma luz de la luna aclaraba al niño dormido, al muchacho vestido de andrajos, al abandonado, al pequeño apache del alma con frío y cobijaba con luz sus desnudeces: *El raposo* no conocía otra piedad, que la piedad de la luna.

* * *

Esta era una mañana, no como todas, pues pocas habrá tan rubias de sol y tan azules de cielo. La chica plaza, a las afueras de la ciudad, remedaba una plazuela de pueblo; en lo alto del campanario, las campanitas llamaban a misa con voces clarísimas: Dindirindín, dindirindín...

Y las campanazas contestaban con sonoras voces: Dandarandán, dandarandán. Luego se confundían los finos repiques y repiques graves en loca algarabía: Dindirindín, dandarandán! Din, din, dan dan!... Din, dan!

Las muchachas del barrio, endomingadas, festivas, atravesaban el atrio haciendo guiños a sus novios, y se perdían luego en la penumbra del templo, *El raposo*, recostado en el muro, maquinaba no se qué complicada maniobra, y cuál sería la expresión de su rostro, que una viejecita de esas que llevan en una mano el libro y el rosario y en la otra el tapete de felpa, al pasar junto a él se persignó, cual si hubiese visto al demonio.

En mala hora lo hizo, porque desde ese instante fué la víctima elegida: entró en la iglesia y el la siguió como una sombra. Casi todas las abuelas hacen lo mismo ante el altar: se arrodillan, pliegan los labios unciosamente, besan el suelo, hacen reverencias, y por último, cerrados los ojos y las manos puestas, se quedan como estatuas místicas, arrobadas, blancas viejecitas que adoran al Señor!

El raposo así lo iba pensando: «Ahora ella no se dará cuenta, porque está alejada de la tierra; está... en el cielo!» Mientras con gran tino introducía la mano en el bolsillo de la piadosa vecina.

¡Quién lo creyera! La buena anciana, en medio de su éxtasis, cuidaba de su bolsillo! Agarró la mano al ladrón, y con una fuerza increíble, a juzgar por su aspecto inofensivo, lo arrastró fuera y lo entregó al guarda, que custodiaba la puerta. El chico quería escaparse y armó un ruido infernal. Ya había terminado la misa y lo rodearon los curiosos; el niño forcejeaba y apuñeteaba al guarda; qué diversión! La vieja del tapete de felpa decía, accionando a diestra y siniestra: ¿No ven estos perillanes, holgazanes?

Y un cuarto de docena de viejas iguales, que llevaban también tapetes de felpa, repetían a coro, moviendo estupefactas las cabezas: ¡Perillanes, holgazanes!

La lucha terminó como todas las luchas: el grande sujetó al chico valiente, que arañaba y que mordía y le amarró las manecitas ensangrentadas. *El raposo*, vencido, agachó la cabeza hasta el pecho palpitante. Las viejas rezanderas se reían.

—A la cárcel!—exclamaba una.

—Bien hecho!—aprobaba otra.

La de más allá mascullaba:—Bribonazo!

Pero he aquí que una vocesita les hizo volver a todos la cabeza:

—Pobre niño! Pobre niño!—dijo dulcemente.

¿Quién?

Un viejo encorvado y diminuto, que presenciaba la escena desde el atrio. Un vejezuelo vestido de típica leva y pantalón rayado y raído, que ostentaba por corbata un flamante pañuelo de colores y que

llevaba un sombrero tan pequeño, que hacía maroma sobre su cabeza blanca. El pobre niño levantó la cabeza y se miraron: el viejo ladeó la cara para demostrar su compasión.

La voz del guarda dió la orden de marcha. El muchacho se disponía a partir, más, se detuvo: le enviaban un beso... Sí, el viejo del paraguas, semi-cerrando sus azules ojos, se había llevado los dedos a los labios, y le despedía con un beso...

Una emoción desconocida, sonrosó el rostro de Cecilio; dos lágrimas nacieron en sus ojos; elevó las manos ligadas hacia el buen anciano, como una imploración y luego... al ver su impotencia para salvarlo, le sonrió... le pagó el beso con una sonrisa. Después siguió detrás del guarda.

¿Sabéis?

Iba llorando, pero suavemente; era el dulce lloro del reconocimiento. El primer beso que recibía en su vida, le llegó dentro; lo sentía tibio, luminoso! El beso... el beso acababa de despertar en su mundo interior los buenos sentimientos; el solo beso lo inundó de paz y le engrandeció el alma con la emoción sublime del agradecimiento. Cecilio iba llorando. Era dulce y suave su llanto,

Es así la única manera como debe llorar un niño.

Y pensar que hay tantos pequeñitos que han sentido ya agitarse en su pecho la desesperanza, la desilusión y que han llorado como nunca debieron llorar: con amargura. Y pensar por cuántas frentes infantiles han cruzado pensamientos de negra venganza: vengarse de la vida injusta siendo malos; siendo niños malos que más tarde serán hombres perversos...

Acariciad a los niños callejeros! Acariciad a los hijos de la calle, a los pequeños abandonados, semidesnudos y descalzos, porque, ¿sabéis? tienen el alma con frío.

Besad a los niños que como *El raposo* no conocen más piedad que la piedad de la luna.

¡Besadlos!

Para curar un alma de niño tan sólo falta un beso.

(*El Hogar*, Habana)

La tristeza de la Escuela

I

El niño miraba por la ventana con la frente pegada al cristal, miraba a la noche azul de ultramar.

Los árboles del jardín eran borrones negros hasta que un toque de oro fué marcando los perfiles de las cosas. La artista caprichosa, la Luna, trabajaba en la tierra con sus brochas de luz.

El niño lanzó un grito:

—Ha salido la luna, ven a ver madre!

Qué cómico el asombro de Juan! ¿Acaso la luna no sale siempre? ¿No alumbra nuestras noches, todas nuestras noches? Sin embargo... el entusiasmo del niño era enloquecedor...

—Corramos, corramos a ver a la luna!

Después de un instante estaban ambos con la frente pegada al cristal.

La luna blanca con su corona de oro, era un misterio lejano, en el fondo azul de ultramar.

El pequeño Juan tenía los ojos adormecidos y fruncida la boca cereza; la madre buena que tanto conocía la expresión de esos ojos y de esa boca, comprendió que el niño se atormentaba, preguntándose el por qué de la luna y aguardó... aguardó a ser interrogada a su vez.

Por fin, él se volvió irguiendo la cabeza sobre el cuello marinero:

Tal vez fué una tontería: ¿De qué está hecha la luna, madre?, pero la dejó perpleja:

La luna, qué respondería? Ella que no lo sabía bien a derechas... y sería tan hermoso decir una mentira... Optó por decir una mentira,

—¿La luna? Verás: unos dicen que es un farolillo que Dios ha olvidado, un farolillo de plata, que el buen Dios dejó colgando en los cielos para que no se asusten los niños que van por los caminos, y encuentren blancuras amigas en las noches negras...

Otros... los más, aseguran que es un país encantador donde viven seres extraños: todos los personajes que figuran en los cuentos... Caperucita Encarnada y el Lobo, han nacido en la luna. El Polichinela trajo de allá toda la belleza grotesca de su alma... la Bella Durmiente no en otra parte pudo aprender a dormir cien años aguardando el amor... Pinoquio... por lo menos yo creo, ha descendido a la tierra por la escala temblorosa de un rayo ligero... Blanca de Nieve, los Gnomos, el Gato con botas, los Magos, las Hadas, los Duendecillos alados... todos esos seres adorables e inmortales han llegado de un mundo de ensueño, de dulzura, de luz, de bondad y de ilusión... que no puede ser otro que la luna.

Anda, Juan, a dormir y sueña... sueña con la luna...

II

—La cartera de cuero. El lápiz. El cuaderno. El niño va a la escuela. Qué limpio y bien peinado está. Un beso. Otro beso. Te arreglo la corbata, no tengas miedo a la escuela. El maestro es bueno. Las gafas y la arruga que le cruza la frente, le dan aspecto severo, mas yo sé que quiere mucho a los niños. No es un maestro gruñón!

A la vuelta, cuando llegues, te habré preparado unas manzanas con crema. Si algún compañero trata de fastidiarte no hagas caso. Si alguno te golpea, golpéale tú más recio. Si te encuentran cobarde, te caerán encima... Pero sobre todo es preciso que te impongas por tu bondad y tu cariño. Gánate al maestro prestando atención a sus lecciones. Cuando regreses verás qué manzanas más ricas. Y cómo va a parecerte más grande el amor de tu madre. Anda, mi

rey! No olvides mis consejos. Estoy orgullosa de enviarte a la escuela; me parece que te has hecho ya un hombre grande. Anda chiquito mío. ¡Valor! Un beso. Otro beso.

El pequeño Juan se marchó así una clara mañana, llevándose el eco de las palabras suaves de amor, oprimido el corazón por los primeros temores y meneando airoso la rubia cabeza, satisfecho de ir a la escuela y de sentirse ya como un hombre grande de verdad.

III

Con aire compungido se comía las manzanas... pero se las comía.

—A ver! Decía la madre sonriendo: ¿qué más? ¡Cuéntamelo todo!

—Pero si ya te he dicho todo: el maestro es bueno, los compañeros cariñosos...

—Entonces ¿qué es lo que te pasa?

—La escuela no me gusta... ¡es tan triste!

—Ya comprendo: no estás acostumbrado a permanecer tranquilo, en un mismo sitio y a ver cómo otros niños lo hacen de idéntica manera permaneciendo las horas sentados en sus bancos, sin pestañar... Te han asustado los negros encerados, el reloj que no tiene caja de música como el de aquí...

—No: no es eso madre!

—¿Qué es entonces, Dios mío?

—Lo que allí se aprende, las cosas que el maestro sabe de la luna, no son las cosas bellas que tú me enseñaste... Ha dicho de la luna... yo no me acuerdo bien de lo que ha dicho... pero han sido cosas tristes... Tú debes saber más que el maestro: ¿verdad, madre? ¿O el maestro sabe más que tú?

Ella titubeaba: el niño espera, con la ilusión en los ojos, la respuesta.

Por fin la voz, con la suavidad de una tristeza, destroza su ilusión:

—Oye pequeño mío: no recuerdes las cosas que te he dicho, porque el maestro... el maestro sabe más!

ECCO NELI

(El Diario Nacional, Bogotá)

Cuatro poemas chinos de amor

=De *Caras y Caretas*. Buenos Aires=

Venganza

—¡Ah! ¡He aquí que canta el gallo!—exclamó ella.

—No—dijo él.—Aun es noche profunda. No canta todavía.

—¡Levántate! ¡Levántate! Corre la cortina de la ventana e interroga al cielo.

—¡Ah! La estrella matutina se eleva ya en el horizonte.

—¡Ah! ¡Es la aurora! ¡Ya es tiempo! ¡Ya es tiempo! Mas, antes de alejarte, vengúmonos de aquel que nos separa. Toma tu arco, y mata al gallo.

DESCONOCIDO

Borrachera de amor

El viento agita dulcemente, en torno del Palacio de las Aguas, las embalsamadas flores de los nenúfares.

Sobre la más elevada de las terrazas de Kou-sou puede columbrarse al rey Lou voluptuosamente tendido. Ante él, Sy-Che, la belleza personificada, danza, con una gracia incomparable, gestos delicados y sin violencia. Luego ríe al sentirse tan voluptuosamente laxa, y, languideciendo, va a reclinarse sobre el lado de Oriente, en el borde de jade blanco del lecho real.

LI-TAI-PE

Flor vedada

Bajo la clara luna de otoño, el agua agitada sacude mi barca. Solitario, navego sobre el lago del Sud, y recojo los lotos blancos.

¡Oh! ¡Qué hermosa es la blanca flor del loto! ¡Qué delicada y deliciosa es! Me de-

vora el deseo de confiarle la pasión que ella me inspira.

¡Ay!... Una mortal tristeza embarga mi corazón... La embarcación aléjase a la deriva, sobre las engañadoras aguas que de ellas hacen un juguete.

LI-TAI-PE

La esposa virtuosa

Me ofrendas dos perlas brillantes; por más que vuelvo la cabeza, mi corazón palidece y se conturba.

Un instante poso sobre mi túnica aquellas perlas claras; la seda roja infúndele rosados reflejos.

¡No haberte conocido antes de estar casada! Pero apártate de mí, porque perteneces a otro hombre.

Al borde de mis pestañas, he aquí dos lágrimas temblorosas; son las perlas que te devuelvo.

TCHANG TSI

(Versión de E. M. S. DANERO).

Poemas de vanguardia

Por Vicente Geigel-Polanco

La ventana cósmica

He abierto la ventana cósmica.
He asomado mi espíritu a la inmensa ventana fraternal.
La ventana encendida de luceros.
La ventana mayúscula que da a los Universos.

Para llegar a la ventana cósmica
yo afronté cien peligros.
Dí mi corazón al rigor de los inviernos.
Mi palabra—llama disidente—
fué bandera de rudos combates libertarios.
Nadie igualó la altivez de mi grito.
Nadie fué más lejos que yo en la rebeldía.
Y me hice fuerte.
Porque los pobres de espíritu
jamás se asomarán a la ventana cósmica.

Para llegar a la inmensa ventana fraternal
sacrifiqué el armiño de mis corderos de ensueño;
demolí prejuicios;
corté el cable que ataba mi barca al Pasado
y emproé mi barca hacia la luz...
hasta hacerme libre.
Porque los esclavos de espíritu
jamás llegarán a la ventana cósmica.

El sol, el duro sol del Trópico,
diafanizó mis ojos: los ojos profundos de mi espíritu.
Y mis ojos se han vuelto claros y potentes.
Porque los ciegos de espíritu
jamás captarán la belleza múltiple
que exorna el panorama de la ventana cósmica.

Mis oídos, los oídos inquietos de mi espíritu
han adquirido una potencia nueva.
Se ha acentuado su fuerza receptiva
en largos ejercicios de silencio.
¡Ya escucho la armonía suprema de los astros!
Mis oídos se han vuelto finos y potentes.
Porque los sordos de espíritu
jamás percibirán la vasta sinfonía
que sube hasta los bordes de la ventana cósmica.

He asomado mi espíritu a la inmensa ventana fraternal.
La ventana encendida de luceros.
La ventana mayúscula que da a los Universos.

Ya intuyo el ritmo profundo del Cosmos.
Ya sé el tamaño exacto de las cosas.
Desde mi ventana he mirado el planeta de los hombres;
he mirado la vida minúscula y estéril de los hombres.

¡Oh visión maravillosa!
La ventana encendida de luceros.
La ventana mayúscula que da a los Universos.

Noche

¡La alegría encantada en el corazón inquieto de la Noche!
La Noche es una rosa fragante de alegría.

Nadie ha exaltado sus potencias dinámicas.
Nadie ha llegado a la comprensión definitiva

del alma de la Noche.
Alma llena de honduras y prodigios.
Alma enflorada de pájaros y estrellas y alegrías campestres.
Alma sencilla y única.

Comprender el alma celeste de la Noche
es comprender la Vida.

La Noche encierra todas las posibilidades,
las posibilidades de todas las larvas,
las larvas de todas las crisálidas,
las crisálidas de todos los ensueños,
los ensueños de todos los amores,
los amores de todos los tiempos,
los tiempos de todas las vidas.

Nadie ha llegado a la comprensión definitiva
del alma de la Noche.

En la Noche se desnuda la Belleza.
En el cristal de las horas destila Díos su mansedumbre.
El pensamiento se hace ave
y canta en la copa de los árboles dormidos.
La inquietud colma sus ánforas de voces inauditas.
Hay en los cielos una rubia primavera de músicas astrales.
La Vida adquiere un sentido máximo de lucidez.

En la Noche florecen los grandes lotos del Espíritu.
Alcanzan su forma definitiva las verdades nuevas.
Se descubren las Américas lejanas.
¡Plasma el loco su visión en los bronces del Silencio!

Proyecciones

Corazones húmedos de aurora por las laderas de la montaña.
Multitudes insurrectas.
Gritos empenachados de audacias ultratelúricas.
Exodo de pueblos perseguidos por el lobo del hastío.
Claros voces disidentes.
Polarización de todas las locuras
en un extraordinario gesto emancipante.
Recio perfil de los Prometeos.
Espartaco, Lutero, Bolívar, Karl Marx.
Voluntades erectas.
Puños levantados contra los siete pecados
y las siete virtudes y los siete silencios de la muerte.
Rebelión de los hombres y las aguas y las tierras
en la clara mañana presentida.
Destrucción de las Esfinges
en la magnificencia ortal de las nuevas verdades.
Hondas armonías fraternales
cuajadas en el regazo de las horas de angustia.
Plasmación de la Belleza en formas arquetípicas.
Vendimias uberosas de la Quimera.
Superación de las normas antiguas
por la palabra armoniosa del Instinto.
Futecencia de viejas utopías
bajo soles cariciosos.
¡Culminación de la epopeya humana
en los rojos picachos del Espíritu!

Santurce, Puerto Rico.